

VIVIR 1.000 VIDAS

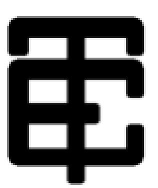
LOUIS G. MILK

Colección **ESPACIO**

Vivir 1.000 Vidas

por

Louis G. Milk



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51—53

BARCELONA

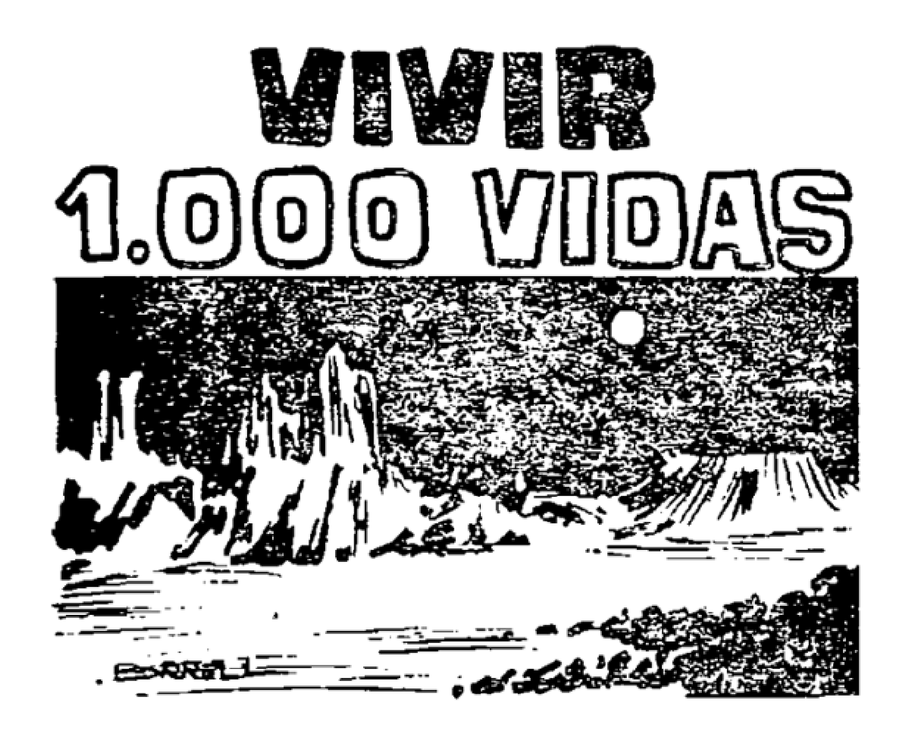
Núm. de Registro: 1044 —1965

Depósito Legal: B. 14951 —1965

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por **Ediciones TORAY. S. A.** — Arnaldo de Oms, 51—53 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

A decir verdad, la conferencia era más bien aburrida.

Pero dentro de la sala, ¡se estaba tan calentito!

Afuera, soplaba un viento muy frío y caía un aguanieve que quitaba la respiración.

Por dicha razón, Armin Sendoval estaba dentro de la sala: porque no le gustaba luchar contra los elementos.

Le agradaban más otros géneros de lucha. Por ejemplo, una buena partida de póquer. O luchar contra las mujeres jóvenes y

hermosas, buscando su rendición.

Como aquella escultural morena que se hallaba a cuatro pasos a su izquierda y en la fila inmediatamente delantera.

Y también le gustaba luchar —pero esto, porque formaba parte de su profesión— contra algunos retorcidos especímenes del género humano.

Por ejemplo, Audie Jonesmith, (a) «El Tenacillas», sujeto de rara habilidad para vivir sin trabajar, desplumando a otros incautos del producto de su honrado trabajo.

Claro que, si bien se miraba, no sabía hasta qué punto tenía que ver el honrado trabajo con los botines — de botín, no de bota — que pasaban a poder de «El Tenacillas», porque su especialidad eran las joyas, sobre todo cuando pertenecían a damas de la clase que con una frase archisabida se ha dado en llamar de «fácil virtud». Tales damas, en efecto, solían ser las menos inclinadas a denunciar las desapariciones de sus joyas por razones fácilmente comprensibles.

Una de ellas, sin embargo, había perdido un magnífico «pendentif» de platino y brillantes. La denuncia sin embargo, no había provenido de ella, sino del «proveedor» de joyas de la dama en cuestión, el cual, hombre timorato y de grandes escrúpulos, temeroso de los efectos que podía causar en su cráneo el rodillo de amasar la pasta en manos de una irritada esposa, si llegaba a enterarse de tan desagradable asunto, había recurrido a los valiosos servicios de Armin Sendoval para recuperar la joya bajo una capa de la más profunda discreción, envuelta en la promesa de una suculenta recompensa si todo se desarrollaba satisfactoriamente. Incluso aunque fuese preciso pagar la «aflicción» de «El Tenacillas» por desprenderse de la joya hurtada a su más o menos legítima poseedora.

Nada de escándalo, discreción sobre todo.

Ésas eran las instrucciones que Armin tenía. Y, puesto en antecedentes del caso, después de «sherlockholmear» un poco, había llegado a la conclusión de que sólo su viejo conocido «El Tenacillas» podía ser el autor del latrocinio.

Por eso no intervenía la policía, sino Armin, investigador privado con gran experiencia en tales lides.

El conferenciante seguía hablando. A Armin se le importaba un

pito de las barbaridades científicas que soltaba para un auditorio altamente especializado, salvo unos cuantos que habían entrado allí a recogerse del mal tiempo que reinaba en el exterior.

El interés de Armin estaba centrado en la hermosa morena y en «El Tenacillas». Además, podía contemplar a los dos sin necesidad de dividirse; su perseguido estaba en la butaca inmediatamente contigua a la de la morena, a su izquierda.

Desde luego, había que convenir que la muchacha era un regalo para la vista. Aun sentada, parecía de aventajada estatura y formas redondeadas, cuya juventud era la mayor garantía de su firmeza. Vestía con mucha sencillez, un traje de tela brillante, color verde oscuro, con un discreto escote, y su garganta de cisne aparecía rodeada por un hilo de perlas que debían de valer una fortuna.

Armin frunció el ceño. Seguro que «El Tenacillas» no estaba allí sólo para evitar el combate contra los elementos. En una o dos ocasiones le vio arrojar sendas miradas al collar de perlas y empezó a sospechar lo peor.

Por otra parte, hasta el más torpe hubiese podido soltar el broche del collar y llevárselo sin que la morena se enterase siquiera. La joven tenía la vista fija en el conferenciante, de una manera que parecía como si hubiera sido hipnotizada, dando la sensación de que estaba completamente abstraída en el tema de la conferencia. Permanecía en su asiento sobre cuyo respaldo podía verse un valioso abrigo de pieles, erguida, con las manos sobre el regazo, sin otro movimiento que el de la respiración, que hacia ascender y descender su busto arrogante y macizo, con suaves vaivenes.

Armin pensó que era una lástima que tuviese que vigilar a «El Tenacillas». El monótono sonsonete de las palabras del conferenciante y la agradable temperatura que reinaba en la sala, eran una fuerte tentación para apoyar la cabeza en el borde del respaldo del asiento, cerrar los ojos y dejarse ir en brazos de Morfeo...

«El Tenacillas» se lo impedía. Debía estar atento para evitar un nuevo desmán del ladrón, porque, en cuanto tuviese ocasión...

De repente, una voz de tonos metálicos, estridentes, estalló en la sala con un insulto atroz:

— ¡Farsante!

El conferenciante dejó de hablar. Los tres o cuatro miembros de

la comisión que le rodeaban abrieron las bocas en gestos estúpidos.

Armin no volvió la cabeza, aunque la voz había sonado a espaldas suyas. Temía que «El Tenacillas» estuviese empleando un truco nuevo.

—¡Profesor Aksnem, es usted un farsante, un embaucador, un timador y un ladrón de ideas!—sonó la voz de nuevo, ahora más cerca de Armin—. ¡Ni siquiera se llama Aksnem! ¡Y, además, es un asesino!

Los ojos de Armin estaban fijos en el ladrón. La hermosa morena había vuelto la cara hacia el centro del pasillo, que era por donde avanzaba el autor de aquellas sensacionales, desconcertantes e insultantes frases.

—¡Es hora de que se sepa quién es usted, profesor Aksnem!—gritó el intruso—. ¡Debo desenmascararle…!

El presidente de la comisión que había invitado al conferenciante, dio, al fin, muestras de actividad. Poniéndose en pie, gritó:

—¡Ese hombre está loco! ¡Deténganlo inmediatamente!

La acción del intruso había originado el natural escándalo. Cuatro o cinco espectadores se arrojaron sobre el individuo. A dos pasos de la butaca de Armin, se produjo un más que regular barullo. Sonaban gritos, imprecaciones, juramentos y se oían las exclamaciones de dolor proferidas por quienes recibían los golpes propinados por el irascible individuo.

A pesar de sus propósitos, Armin no pudo por menos que desviar su atención del collar unos momentos, sobre todo cuando uno de los voluntarios recibió un golpe y cayó encima de él. Se lo apartó como pudo, poniéndose en pie y apartándose a un lado En aquel momento, dos policías uniformados penetraron en la sala, con lo que el jaleo, en lugar de disminuir, que hubiese sido lo lógico, aumentó en proporciones considerables.

Armin volvió la vista. Sintió un estremecimiento parecido al causado por una descarga eléctrica.

¡El collar había desaparecido!

Giro en redondo. Aprovechando el tumulto, «El Tenacillas» se deslizaba hacia la puerta, con el mayor sigilo.

Armin actuó también con el mismo sigilo. Cuando el ladrón estaba a punto de ganar la salida, la pesada mano del joven cayó

sobre su hombro.

—No tan aprisa, Audie — dijo en tono suave.

«El Tenacillas» se dio cuenta de que habla sido sorprendido en plena faena. Quiso deshacerse del inoportuno y disparó su puño contra el mentón del joven.

Armin sonrió. Su mano derecha se movió con increíble rapidez, atrapando la muñeca del ladrón, sin que éste consiguiese conectar el golpe propuesto. Acto seguido, retorció el brazo y lo situó a la espalda de «El Tenacillas», reduciéndolo a la impotencia en un segundo.

—¿En qué bolsillo tienes el collar? — preguntó en voz baja.

El tumulto continuaba todavía. Nadie se preocupó de lo que hacían los dos hombres cerca de la puerta de salida.

Armin acentuó la presión. El brazo del ladrón crujió.

—En el bolsillo derecho — gimió, al cabo.

—Muy bien. Anda.

Lo empujó, hasta llegar cerca de la morena.

El escandalizador había sido reducido al fin con un acertado golpe de cachiporra. Los dos policías se lo llevaban a rastras.

Armin creyó observar una expresión de pena en el hermoso rostro de la joven, pero en aquellos momentos no estaba para cálculos más o menos especulativos.

—Señora — dijo.

Ella volvió los ojos al oír la llamada. Armin se dijo que eran los ojos más bonitos que había visto nunca: rasgados, almendrados, con unas pupilas que, de tan verdes, no parecían naturales, sino conseguido el color a base de unas lentillas de contacto.

—Soy Armin Sendoval — se presentó el joven —, detective privado. Toque su cuello, por favor.

La joven llevó la mano a la garganta. Inmediatamente, una exclamación de asombro brotó de sus labios.

—¡Mi collar! — exclamó—. ¡Lo he perdido!

—No lo ha perdido, señora — sonrió Armin—. Haga el favor de meter la mano en el bolsillo derecho del abrigo de este granuja.

Ella le dirigió una mirada oscura. Al fin, aunque un tanto irresoluta, obedeció.

Volvió a lanzar otra exclamación cuando sacó el collar.

—¡Es increíble! — dijo.

—Conociendo a este pájaro, pocas cosas hay increíbles sobre el tema —sonrió el joven—. En fin, señora, celebro haberle sido útil.

—Muchas gracias — dijo ella, con el collar aún en la mano, aturdida y desconcertada por la limpieza con que el ladrón había soltado el broche, sin que lo hubiese notado tan siquiera.

—A sus pies, señora. Vamos, «Tenacillas»— dijo el empujando a su prisionero hacia la salida — Ahora, tú y yo hablaremos del «pendentif» que cierta dama ha echado en falta...

En la tribuna, el presidente de la comisión organizadora de 1a conferencia dijo:

—Y ahora, señoras y caballeros, terminado el incidente que ha interrumpido por unos momentos, de modo tan desagradable, la magistral disertación del profesor Aksnem, continuaremos...

Se calló de repente, presa del más profundo desconcierto.

¡El profesor Aksnem había desaparecido!

CAPÍTULO II

La dama había recobrado el «pendentif».

El proveedor de joyas había aullado de alegría. Solo le habría faltado subirse a una lámpara y columpiarse en ella, como Tarzán en su selva africana, pero sus cincuenta años bien corriditos y la prominente barriga, que ningún baño de vapor ni ninguna faja conseguía disimular ni reducir, habían frustrado tan gimnásticos procedimientos de manifestar el entusiasmo.

Armin le había dicho que podía expresar su júbilo por otros medios menos agitados, pero más productivos para él. El «proveedor» estaba demasiado agradecido para no entender la indirecta, y así, firmó un sustancioso cheque, por un importe doble del convenido en principio, que Armin ingresó en el acto en su cuenta bancaria.

Como consecuencia, Armin decidió consumir «el exceso de equipaje» monetario, gastándose justamente el dinero que le habían pagado de más. Haría mucho frío y pronto llegarían las primeras nieves, así que se dijo que lo mejor era buscar una playa soleada y tranquila, y consumir ocho días en acumular bronce epidérmico para el invierno.

No perdió tiempo en poner en práctica su decisión. Emigró, como las aves, y a los pocos días estaba tumbado voluptuosamente sobre la cálida arena, sumido en un total relajamiento. Al lado tenía una hamaca, un par de cojines, algunas revistas de actualidad y un vaso alto lleno de refresco, del que bebía de cuando en cuando. Naturalmente, el refresco, la hamaca y todo lo demás estaban situados bajo la sombra de un parasol de vivos colores.

Hallábase tendido boca abajo, tostándose la espalda. Al lado, tenía un diminuto aparato de radio, del que brotaban los suaves sonidos de una conocida melodía. « ¡Esto es vida!», pensó.

De pronto oyó crujir la arena cerca de él. Continuó en la misma postura, con los ojos entrecerrados, captando el monótono rumor de las olas que rompían suavemente contra la playa.

Los pasos cesaron a poca distancia del lugar en que se hallaba. Abrió los ojos y divisó unos delgados tobillos y unas bien torneadas pantorrillas.

Una voz pronunció de pronto su nombre:

—¿Señor Sendoval?

El joven se volvió y quedó sentado en el suelo. Contuvo una exclamación de sorpresa.

¡Era la morena del collar de perlas!

—¿Puedo sentarme? — preguntó ella.

Su voz era suave, cálida, de ricas tonalidades. Se sentó antes de que el embobado Armin tuviese tiempo de reaccionar.

El cabello de la joven azuleaba, de tan negro.

Lo llevaba recogido en la nuca, con un gracioso peinado, y su esbelto cuerpo estaba enfundado en un traje de baño — curiosa coincidencia — del mismo color que el vestido que llevaba puesto el día de la conferencia.

—Claro — dijo él, cuando la joven estaba sentada va a su lado.

—Todavía no he tenido tiempo de darle las gracias por su valiosa intervención de hace unos días, cuando aquel ladrón me robó el collar.

—No tiene importancia — sonrió Armin, rehaciéndose de la sorpresa—. Además, estaba vigilándole; le buscaba por otra joya que también había robado y que conseguí devolver a su propietaria.

—Lo hizo muy bien — comentó la joven—. Es preciso reconocer que tiene unos dedos muy ágiles. Claro que yo estaba tan abstraída en la conferencia del profesor Aksnem... ¡Oh, perdone! — exclamó ella de pronto —, no me he presentado todavía. Helena Wann

—Encantado, señora Wann — respondió Armin.

El nombre le gustaba; era muy bonito. Y adecuado, estimó mentalmente, a la propietaria.

—Soy soltera todavía — explicó la joven con graciosa sonrisa. «Muchísimo mejor», pensó Armin—. Y he venido directamente aquí para buscarle a usted.

El joven respingó.

—¿A mí?

—Así es. Por favor — pidió Helena—, ¿no tiene un cigarrillo?

—Claro. Discúlpeme por no habérselo ofrecido antes. ¿Quiere que encargue un refresco?

—Por ahora no, gracias — contestó ella.

—De modo que ha venido a buscarme a mí — dijo él, tras la primera bocanada de humo —. Pero ¿cómo ha sabido que estaba aquí?

Helena sonrió.

—Usted es detective privado.

—Lo confieso — sonrió Armin.

—Recordaba su nombre. Busqué en la guía y la llamé por visófono. No me contestó nadie. Entonces, me desplacé a su domicilio y me dijeron que estaba de vacaciones, informándome del lugar exacto. Tomé el primer avión y eso es todo.

—Por fortuna — dijo el joven —, no creo que usted se dedique también a lo mismo que yo. ¡Me haría una competencia ruinosa!

Helena rió suave y agradablemente.

—Un poco de deducción... y mucha necesidad — contestó, perdiendo de pronto la expresión sonriente.

—¿Necesidad? — repitió Armin.

—Sí — afirmó la joven—. Le contrato a usted al precio que me pida.

Armin cerró la radio de pronto. El silencio se hizo denso y pesado.

—¿Para qué? — inquirió.

—Es legal — contestó ella.

—Me lo imagino. De otro modo, no aceptarla... y, aun así, necesito saber qué es lo que debo hacer. Por otra parte, eso de «a cualquier precio» no reza conmigo —declaró Armin en tono tajante —. Tengo unas tarifas, las cuales varían, naturalmente, según las circunstancias de la misión, pero no me agrada nunca explotar al cliente. Le cobraré lo justo, ni un centavo más.

Ella inclinó un poco la cabeza.

—Celebro oírle hablar así, señor Sendoval. ¿Español?— preguntó de súbito.

—Mi madre. Mi padre era escandinavo.

—Excelente combinación — respondió ella —. Bien, ¿recuerda usted el incidente que se produjo durante la conferencia del profesor Aksnem, segundos antes de que me robaran el collar?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Aquel sujeto era un compinche de «El Tenacillas», seguro. Idearon el plan para robarle a usted el collar...

Helena movió la cabeza despacio pero con gesto firme.

—No era un cómplice del ladrón — manifestó—. Jamás se habían visto antes. Sus manifestaciones sobre el profesor Aksnem

eran la expresión de la más auténtica realidad.

—Bien, admitamos que Aksnem es un farsante. ¿Qué papel desempeño yo aquí, señorita Wann?

—Además de farsante, Aksnem es un ladrón y un asesino.

De nuevo cayó el silencio sobre ambos.

—Vaya a la policía — respondió Armin al cabo —. En casos semejantes, yo no intervengo en absoluto; no tengo ganas de recibir un rapapolvo que me deje sin medios de trabajo. Admitiría actuar contra Aksnem si sólo fuese un ladrón, y aun así, en determinadas circunstancias, como hice en el caso de «El Tenacillas», pero cuando hay homicidios en el asunto, me abstengo sistemáticamente.

— Lo siento — respondió Helena —. No puedo acudir a la policía.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo?

—Podría decirle que no, pero acaso le mentiría. Si tengo miedo de Aksnem. Si conociese mi existencia. me mataría sin titubear un segundo. Como hará con Fatzoda, a poco que tenga ocasión.

—¿Quién es Fatzoda? — preguntó Armin.

—El hombre que llamó farsante a Aksnem. Ahora está encerrado en un manicomio.

«Me parece lo más justo», pensó Armin.

—Todavía no he acabado de comprender — declaró en voz alta.

—Dijo cosas, que no fueron creídas porque, precisamente. parecen increíbles. En ese caso, sólo había una solución.

—El encierro en el manicomio, ya lo sé. ¿Y qué puedo hacer yo en un caso semejante, señorita Wann? No voy a ir contra una docena de médicos que habrán examinado a conciencia al tal Fatzoda. Además, según tengo entendido, Aksnem es un hombre que goza de prestigio mundial en su especialidad científica. ¿Quién puede acercarse a un tipo semejante, llamarle farsante y esperar que le crean? Lo siento, señorita Wann — terminó el joven de forma harto significativa.

Helena emitió un profundo suspiro que hizo resaltar las firmes curvas de su seno joven y erguido.

—Lo siento. Usted era mi último cartucho.

—Yo también lo siento — contestó Armin—. Pero si Aksnem es un asesino, vaya entonces a la policía. Su prestigio científico no le servirá de nada a la hora de pesar sus hechos en la balanza de la

justicia.

Era una frase un tanto pedante, pero el joven quedó muy satisfecho de haberla pronunciado.

—¿Y si yo le demostrase prácticamente que todo lo que he dicho es verdad?

Armin miró a la joven con fijeza.

—¿Por qué no apoyó a Fatzoda?

—Porque si bien Aksnem conoce su existencia, desconoce la mía... Es decir, sabe que yo existo, pero no bajo esta apariencia. Con Fatzoda ha sostenido ya un par de choques y por eso le conoce.

—¿Y no ha podido probar que es un asesino? ¿No se les ha ocurrido a ninguno de los dos denunciar el hecho a la policía?

—¿Qué policía habría sido capaz de creer en un crimen cometido hace ciento cincuenta años? — exclamó.

Armin se quedó con la boca abierta. «Ella necesita también un manicomio», pensó.

Helena pareció adivinar sus pensamientos.

—No, no estoy loca. Le he dicho la pura verdad — aseguró—. El asesinato, el primero en una larga serie de ellos, fue cometido por Aksnem hace ciento cincuenta años, es decir, hacia el año 1970. Entonces, ni siquiera se llamaba así... y su nombre ha cambiado cada vez que ha cometido un crimen análogo.

—Es muy lógico — respondió el joven—. Yo también lo haría en su caso, ¡caramba!

—Pero usted no me entiende — dijo Helena con expresión apurada—. Cada vez que Aksnem comete un crimen, cambia de nombre... *¡y de cuerpo!*

Armin la miró estupefacto. Aquella chica estaba loca de remare.

—¿Cambiar... de cuerpo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues muy sencillo — contestó Helena —, que traslada su mente al cuerpo de otra persona y la de éste al suyo. Después, mata a su víctima.

El joven se pasó una mano por la cara. Su cabeza estaba convertida en un vertiginoso torbellino.

—Vamos a ver si nos entendemos — dijo —. Usted trata de hacerme creer que en el cuerpo del profesor Aksnem hay una mente que no es la suya.

—Exactamente.

Armin se quedó callado un instante. Si aquello era verdad… y vivían en una época de adelantos inconcebibles, en la que cualquier cosa, aun la más absurda e inverosímil podía ser factible, entonces, la hermosa Helena Wann…

—Dígame — preguntó con voz temblorosa —, ¿presenció… usted el primer crimen de… del profesor Aksnem?

—Sí — contestó la muchacha.

CAPITULO III

¡Helena tenía ciento setenta y cinco años de edad!

Estaban en el año 2121. El primer crimen de Aksnem se había cometido en 1970, siglo y medio atrás. Dada la apariencia física de Helena y puesto que aseguraba haber sido testigo presencial del primer crimen, las cuentas no podían ser más exactas: ciento setenta y cinco años.

Contempló a Helena con ojos despavoridos.

—Si — dijo ella—. Nací en mil novecientos cuarenta y seis.

La nuez de Armin subió y bajó varias veces.

—No puedo creerlo — manifestó al final—. Esto es algo que resulta por completo inverosímil. Si me hubiese dicho usted que tiene cien años, bajo la apariencia de una venerable anciana, la hubiese creído sin más. Pero usted... representa ahora tener veinticinco años... su cuerpo es esbelto, firme... ¡No, no y mil veces no, señorita Wann!

—Hagamos un trato — sugirió ella.¿Cuál? — preguntó Armin con recelo.

—Pagaré sus servicios a base de la tarifa establecida. Más gastos naturalmente. Usted me ayuda a encontrar a Aksnem y a desenmascararlo. El resto, queda de mi cuenta.

—¡Pero es que no habrá nadie que crea que ese hombre cometió un asesinato hace siglo y medio! — protestó Armin con vehemencia —. Ni yo mismo lo creo, señorita Wann.

—No se trata sólo de un crimen, sino de varios, ejecutados con distintos intervalos. A veces, sólo ha transcurrido un año entre cada homicidio; otras, han pasado treinta sin que Aksnem hiciese nada. Pero en conjunto, desde mil novecientos setenta, ha cometido ocho o nueve muertes. Y no serán las últimas, se lo aseguro.

Armin reflexionó unos momentos.

—Escuche, vamos a hacer una cosa. Creeré en su palabra cuando me diga el nombre de su última víctima y la fecha en que ésta murió.

— ¿Y...?

—Tengo un amigo en la policía. Investigaremos ese crimen.

—Puede ser base de partida para convencerle a usted — admitió

Helena.

—Conforme. ¿Cuándo se produjo ese hecho?

—El día veintidós de septiembre de dos mil noventa y siete.

Armin se pegó una palmada en la frente.

—¡Dios santo! ¡Hace veintitrés años! ¿Quién se acordará ahora de una cosa que sucedió hace nada menos que un cuarto de siglo?

—En las Jefaturas de policía, que yo sepa, suele haber archivos — dijo ella en tono malicioso.

—Sí, pero no queda ni un policía que esté en activo de cuantos pudieron haber intervenido en aquel caso — rezongó el joven—. A los veinte años, se jubilan todos.

—Pero no es preceptivo que todos mueran. La mayoría estarán vivos todavía y alguno podrá contarnos detalles de aquel.

—Es cierto—murmuró el joven con gesto pensativo—. ¿Y dice usted que el cuerpo es de Aksnem, pero no así su mente?

—Exacto — confirmó la muchacha—. La mente es del hombre... que cometió su primer crimen hace ciento cincuenta años y al que, si no detenemos, podrá vivir eternamente.

—Bueno, en medio de todo, si no fuese por los supuestos crímenes, eso no tendría nada de malo — arguyó él. Le echó una mirada apreciativa de arriba abajo—. También a mí me gustaría vivir otros ciento setenta y cinco años... con un cuerpo como el suyo, en masculino, claro — se apresuró a explicar.

Helena se sonrojó.

—¿Dónde ha conseguido esa hechicera apariencia? — preguntó él—. Estamos en la Florida, donde, según la leyenda, Ponce de León buscaba la fuente de la eterna juventud. ¿La ha encontrado usted?

Ella le dirigió una encantadora sonrisa.

—Pongamos que sí, Armin — contestó.

—Y yo..., ¿no podría tomar un traguito del agua que mana de esa fuente?

—Quizá — apuntó ella un tanto evasivamente—. Pero de nada servirán nuestros esfuerzos si antes no hemos desenmascarado al profesor Aksnem... es decir, a la mente que vive ahora bajo el cuerpo de Aksnem.

—Y, una vez que lo hayamos desenmascarado, ¿qué haremos?

Helena lanzó un suspiro que dilató su bien contorneado busto.

—Temo mucho que habremos de ponerlo en situación de no

cometer más fechorías — respondió de forma enigmática.

* * *

Regresaron a Nueva York.

La nieve caía ya en gruesos copos. La temperatura se mantenía constantemente por debajo del cero de la escala centígrada. Armin refunfuñaba por haberse visto obligado a suspender sus vacaciones invernales tan pronto. Claro que sus gruñidos eran pura fórmula; los verdes ojos y el lindo talle de Helena habían tenido la mayor parte de culpa en aquella interrupción de su descanso sibarítico.

Helena residía en uno de los grandes rascacielos que se habían levantado en la margen derecha del Hudson, ya en el término de Nueva Jersey. La falta de espacio se había hecho tan agobiante, que no había habido otro remedio que recurrir a tal género de construcciones para solucionar — en parte, claro— un problema tan acuciante.

El helicóptero que alquilaron en el propio aeropuerto les condujo directamente a la terraza del rascacielos, situada a cuatrocientos ochenta metros sobre el nivel del Hudson. Apenas habían desembarcado, aumentó la ventisca.

El piso de Helena estaba situado a veinte metros más abajo de la terraza, en un lujoso ático, cuyo alquiler debía costar un ojo de la cara, según pensó Armin. «Claro que, en ciento setenta y cinco años, ha tenido tiempo más que suficiente para acumular una inmensa fortuna», se dijo.

La nieve impedía ver lo que había a cien metros por debajo de ellos. Tras los gruesos cristales de las enormes ventanas, reinaba una temperatura excelente, merced a la climatización del edificio. No obstante, en el salón de estar, había una chimenea auténtica, con troncos auténticos y llamas auténticas, que daba al ambiente un toque hogareño insuperable.

Antes de ponerse en campaña, Helena juzgó conveniente preparar algo de comida. Fue al baño, se aseó y se cambió de ropa. Mientras ella preparaba la comida, Armin hizo lo propio.

Helena apareció a poco vestida con un liviano «pullover» de manga corta y unos pantalones ajustados de color negro. Se había soltado los cabellos, dejando que pendieran libremente sobre sus hombros, Movíase por la estancia con rapidez y eficiencia.

Armin era joven y no tenía complejos. Atacó la comida con decisión y en pocos minutos dejó su plato listo para el fregadero.

—Muy bien. Un vítor en honor de la cocinera —dijo, sonriendo.

—Grite en honor de los fabricantes de conservas —contestó ella, en el mismo tono de buen humor.

—Faltaba el toque final —manifestó el joven, poniéndose en pie —. Bueno, voy a ver qué me dice mi amigo el policía.

Se acercó al visófono y marcó el número de la Jefatura. Al operador que apareció en la pantalla le rogó le pusiera en comunicación con el teniente Ben Coogan

El policía apareció a poco.

—¡Armin! ¿Qué te pasa ahora? ¿Te persigue algún esposo envidioso de tu buena fortuna?

—¡Calla! — rezongó el joven, mirando a Helena de reojo—. Ahora me he vuelto muy formal.

—El club de los donjuanes ha tenido una baja importantísima — rió Coogan—. Bueno, desembucha, viejo tiburón; supongo que no me habrás llamado para comentar el mal tiempo que reina ahora por la ciudad. ¿De qué se trata?

—Un crimen. Cometido el veintidós de septiembre de dos mil noventa y siete.

Coogan silbó.

—Veintitrés años. No eres tú nadie pidiendo, Armin. ¿Cómo se llamaba la víctima?

—Angus McMeen. Necesito que me des todos los detalles. Consulta los archivos y llámame al visófono 5A—NJ—0331. Es urgente, ¿sabes?

—O.K. Te llamaré lo antes posible.

Armin cerró la comunicación. Helena se acercó a él y le entregó una copa de Málaga dulce y un cigarrillo encendido.

—Ahora podrá comprobar mis afirmaciones — dijo.

—Sí, pero no se podrá asegurar que el asesino haya sido Aksnem.

—No obstante, será una base de partida, ¿no cree?

— ¡Hum!—Armin tomó mi sorbo de vino—. Es muy bueno — alabó. Inhaló un poco de humo —. Bien, admitamos que Angus McMeen muriera asesinado. ¿Qué haremos a continuación?

—Fatzoda continúa en el manicomio.

—¿Insinúa que debemos ir a visitarle?

—Me gustaría que hablase usted con él.

—¿Y después?

El visófono sonó de repente. Helena alargó la mano y dio el contacto.

—Atiéndalo — dijo.

Armin se colocó delante de la pantalla.

—¿Ben?

—Estás en un error, tiburón — dijo el policía.

—¿Por qué?

—McMeen no murió asesinado. Colapso cardíaco.

—¡No! —exclamó Helena en mi impulso.

—Oye, ¿de quién es esa voz que acabo de escuchar? — preguntó Coogan, sumamente extrañado, ya que Helena caía fuera de su campo visual.

—Una chica que está conmigo. Soltera, no te preocupes.

—¡Hum! — rezongó Coogan—. Bueno, eso es todo.

—En, aguarda un momento, polizonte. ¿Cómo sabes que es un colapso cardíaco?

—Porque figura en el informe de la autopsia que lo practicó el forense — respondió el policía—. Los vecinos de la casa denunciaron que McMeen hacía varios días que no salía de su apartamiento. Forzada la puerta se encontró su cadáver. Como es natural se imponía una investigación. El resultado fue el citado. ¿Algo más?

—No gracias. Ben. Adiós.

—Adiós, y recuerdos a la beldad que no se quiere dejar ver — ironizó Coogan.

CAPÍTULO IV

Armin cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Fue un asesinato — insistió Helena.

—Lo siento — dijo él—. Debo atenerme a lo que me ha dicho mi amigo. Él no tiene ningún interés en engañarnos, como puede comprender.

—Los engañados son ellos: los policías que intervinieron en el caso y el forense que examinó los restos de McMeen. Aksnem sabe hacer bien las cosas. Todas sus víctimas murieron de muerte aparentemente natural...

Se interrumpió, desalentada. Armin no le creía.

—No sé qué más decir, para convencerle — dijo.

El joven encendió un nuevo cigarrillo. Miró a través de la ventana. La noche caía con rapidez.

—No sé cómo diablos voy a arreglármelas para llegar hasta mi casa con esta nevada — rezongó.

—Quédese aquí — invitó ella—. Le prepararé la habitación de los huéspedes. Mañana por la mañana, iremos al manicomio a visitar al doctor Fatzoda.

- No sabía que fuese médico — dijo él, sorprendido.

  —Es doctor ingeniero — aclaró Helena.

  —Ah — murmuro Armin, meditabundo. De pronto, dijo—: Usted afirma tener ciento setenta y cinco años.

  —Exactamente, ciento setenta y cuatro — rectificó ella.

  —Pues a cada cumpleaños que celebre, debe gastarse una fortuna en velitas para el pastel — rezongó el joven—. Dígame, ¿cómo se las ha arreglado para vivir tanto tiempo?

  —Si no me va a creer, ¿para qué quiere que se lo diga?

  —Era por escuchar la mentira que iba a contarme — respondió él con desparpajo.

Los ojos de la muchacha brillaron de repente.

—Le prepararé su habitación — dijo en tono seco.

Y se marchó, dejándolo solo.

Armin sonrió.

—Siglo y tres cuartos — mascculló—. Bah, tonterías. Pero

merecería quitarle de la cabeza esas ideas tan absurdas. Una vez curada, resultaría una chica excelente… incluso podría intentar el abandono de este deleznable estado de soltería.

Pero, casi en el acto, se aterró:

—¿Y si es verdad? ¡Sería horrible casarme con una mujer que podría ser mi tata—tatarabuela! — exclamó con el vello de punta.

* * *

Unos fuertes golpes que sonaban en la puerta de su dormitorio, le despertaron a la mañana siguiente.

—¡Arriba! —gritó Helena desde el otro lado—. Es hora de desayunar.

Armin abrió un ojo y consultó el reloj de pulsera.

—¡Son las nueve y media! — contestó a gritos —. Cuando estoy de vacaciones, no me levanto nunca antes de las doce.

—El doctor Fatzoda ha sido dado de alta — contestó ella—. He hablado con las oficinas del manicomio y me han dicho que nos está esperando para que vayamos a recogerlo. Vamos, dese prisa; el café se enfría.

La noticia terminó de despabilarle. Saltó del lecho y quince minutos más tarde comparecía en el salón.

—¿Qué dice Fatzoda? — preguntó, mientras se sentaba a la mesa.

—Nada. No ha querido hacer ninguna manifestación. Sólo me ha dicho que vayamos cuanto antes.

Armin frunció el ceño mientras untaba de mantequilla la primera tostada.

—¿Vayamos, ha dicho?

—Sí. Le he hablado de un amigo mío que nos ayudará. Ese amigo es usted, claro está.

—Bien, parece que no me queda otro remedio — rezongó el joven.

Despachó el desayuno en diez minutos. La muchacha fue a su dormitorio y volvió envuelta en un chaquetón con capucha, bajo el que vestía un grueso «sweater» de lana blanca y unos recios pantalones de abrigo, embutidos por las perneras dentro de unas finas botas de piel, que le llegaban a la mitad de la pantorrilla. En la mano traía otro pesado chaquetón de mayor tamaño.

—Póngaselo sin aprensiones — dijo—. Es de Fatzoda y los dos tienen, más o menos, la misma complexión.

—Desde luego. Cuando me fui a Florida, dejé toda la ropa de abrigo en mi apartamiento.

Salieron del piso. El ascensor les llevó al garaje subterráneo, donde ella tenía su coche, Helena se sentó ante los mandos, y poco

después, rodaban hacia el manicomio.

Había cesado de nevar, aunque el cielo continuaba encapotado. Las ruedas, de neumáticos especiales para la nieve, agarraban bien. Dentro del automóvil reinaba una agradable temperatura.

La marcha se vio dificultada por el estado del pavimento. Una hora más tarde, sin embargo, llegaban a las inmediaciones del manicomio.

Una alta tapia cerraba el recinto, al final de un camino bordeado de una doble hilera flanqueada por altos chopos, desnudos de hojas en el invierno, confiriendo al panorama un aspecto lúgubre y deprimente.

Cuando se hallaban a unos cincuenta o sesenta metros de distancia, divisaron una figura humana que se separaba de la tapia, junto a la verja que cerraba el acceso.

—¡Es él! — exclamó la muchacha.

—Sí que tiene prisa en abandonar ese caserón — rezongó Armin.

—Sabe que Aksnem trata de matarlo y... ¡Mire! — chilló Helena súbitamente.

Un automóvil apareció de pronto por un lado de la tapia, rodando a toda velocidad. Fatzoda se volvió al oír el zumbido de las ruedas que despedían la nieve a gran distancia.

—¡Cuidado, doctor! — gritó Helena, como si el hombre pudiese escucharla—. ¡Es Aksnem!

Era ya tarde, de todas formas. Fatzoda, aterronado, trató de evitar la mole que se le venía encima.

El morro del vehículo lo alcanzó en el centro de la espalda. El cuerpo de Fatzoda se dobló brutalmente hacia atrás, durante un breve momento. A continuación, salió proyectado a gran distancia. Chocó contra el tronco de un árbol y cayó sobre la nieve, quedando inmóvil.

El automóvil atacante viró después del atropello, lanzándose acto seguido a toda velocidad por el mismo camino.

—¡Persígalo! — gritó Armin.

Helena frenó. Intentó realizar la maniobra para volver el automóvil, pero ya no tenía tiempo. El otro pasó por su lado a ciento cincuenta kilómetros a la hora, despidiendo una enorme estela de nieve que les cegó durante un instante.

Cuando quiso reaccionar, ya no había tiempo; el vehículo y su

ocupante se habían perdido en la lejanía.

Saltaron del coche. El portero del manicomio había abandonado su garita y corría también hacia el bulto humano caído en el suelo.

Llegaron junto a Fatzoda. Armin lo volvió boca arriba y le puso una mano sobre el pecho.

Sus ojos se clavaron en el demudado rostro de Helena.

—Ha muerto —dijo.

—¿Y ahora? — exclamó ella —. ¿Me creerá usted?

* * *

El zumbador del visófono sonó de pronto. Armin se precipitó hacia el aparato.

—¡Ben! — exclamó con ansiedad.

—Hola, tiburón—dijo el policía—. Hemos encontrado el coche.

— ¿Y...?

—Es de un tipo anticuado, movido por una simple y vieja pila nuclear, no por pila nuclear—solar, como se emplea ahora...

—El medio cómo funciona ese cacharro me importa ahora un rábano — rezongó Armin —. Quiero que me digas el nombre del ocupante. Asesinó a Fatzoda, ¿comprendes?

—Calma, muchacho, no te excites — dijo el policía con calma—. Temo que estás viendo visiones, y todo ello por culpa de la encantadora morena que asoma por un lado de mi pantalla.

Helena se retiró vivamente. El policía se echó a reír.

—Habla claro de una vez — bramó Armin —. ¿Quién era el ocupante?

—El coche pertenecía a una agencia de alquiler, no muy boyante, a juzgar por el modelo que utiliza para sus negocios. Y en cuanto al ocupante, enseñó una documentación completa a nombre de Juan Pérez, residente en Venezuela...

—Podía haber dicho Chi—Chin—Fu, residente en Pekín — barbotó el joven—. ¡Es Aksnem! ¿Me entiendes?

—Sí, pero no grites tanto. He realizado una discreta investigación y, como consecuencia de ello, he podido averiguar que, a la hora que se produjo el accidente, el profesor Aksnem estaba en las oficinas de Robert J. Armstrong, presidente de la Fundación Armstrong, tratando de cierto contrato que dicha Fundación quiere establecer con él. ¿Me entiendes tú ahora?

—Sí, pero nosotros vimos a Aksnem... Lo vimos, Ben, lo vimos — insistió el joven una y otra vez.

—Vayamos por partes. Además de que el coche fue alquilado por el referido Juan Pérez, tenemos la declaración del portero del manicomio. Fatzoda se suicidó, arrojándose al paso del automóvil. De lo único que podríamos culpar a Pérez es de no haberse detenido para auxiliar a la víctima, pero si Fatzoda se suicidó...

—Está bien — dijo el joven, descorazonado —. Dime al menos el domicilio de ese tal Pérez. — Movió la mano y Helena buscó rápidamente papel y lápiz—. Gracias, Ben — dijo cuando terminó. Y cerró la comunicación.

Se volvió hacia Helena.

—El director del manicomio nos dijo que declaró a Fatzoda curado gracias a la intervención del propio ofendido. Aksnem le habló y dijo que era una manía ofensiva, que sólo se excitaba cuando le veía a él, pero que, en lo demás, era una persona perfectamente normal. Puesto que Fatzoda, en los pocos días que estuvo encerrado, se portó bien y, a fin da salir cuanto antes, se abstuvo de hacer ninguna manifestación en tal sentido, el director no tuvo inconveniente en darle el alta. Entonces, Aksnem le esperó a la salida y le mató, contraviniendo sus propias normas que, como usted me ha dicho, consisten en asesinar a sus víctimas, pero haciendo que la muerte aparezca como natural.

—Así es — concordó Helena.

—Ahora bien, en tal caso, hay un fallo: Nosotros, es decir, usted vio a Aksnem y le reconoció.

—Sí.

—Luego hay alguien que miente y es el que ha proporcionado a Aksnem la coartada.

—Armstrong es un personaje demasiado conspicuo para consentir en una superchería semejante — alegó Helena.

—Lo cual significa que la declaración que exculpa a Aksnem no fue hecha por el propio Armstrong, sino por alguno de sus subordinados, tal vez un alto empleado de la Fundación. No es necesario que, para firmar un contrato con la misma, haya de intervenir el propio Armstrong, excepto en el último instante y a efectos de publicidad. Mientras tanto, sus subordinados tratan de los detalles accesorios, ¿comprende?

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Aksnem posee muchísimo dinero. Sobornó al empleado — afirmó.

—Lo cual me hace mucho más incomprensibles las cosas, en un aspecto — manifestó él—. Pero ahora no vamos a tratar de desenredarlas, sino de: Primero, localizar a ese supuesto Juan Pérez. Segundo, hallar al empleado infiel y, tercero... ¿sabe usted dónde

vive el profesor Aksnem?

—No — contestó Helena.

Armin hizo una mueca.

—Ése es un serio contratiempo — gruñó.

—Bien, en la Fundación Armstrong podrán decírnoslo — apuntó Helena.

—Ya lo sé, pero hubiera sido preferible que lo supiéramos directamente, sin hacer preguntas engorrosas, que pueden hacernos demasiado conspicuos. Aguarde, tal vez en la guía visofónica.

El nombre de Aksnem no figuraba en ella. Armin, defraudado, se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué hacemos? —dijo.

—Busque a un detective que le averigüe el domicilio de Aksnem — contestó ella, con no escaso sentido del humor—. No obstante, teniendo en cuenta que conocemos el domicilio del sujeto que alquiló el coche con el que fue muerto Fatzoda... todas las demás gestiones, resultan inútiles.

Armin se pegó una palmada en la frente.

—Los optimistas me llaman detective — exclamó—. Vamos a buscar a ese Juan Pérez.

Pero la muchacha no se movió. Señaló hacia la ventana con el índice:

— Ah, ah, mire lo que está cayendo, Armin.

El detective se volvió. Una rotunda exclamación se escapó de sus labios al comprender el significado de las palabras de Helena Wann.

CAPÍTULO V

Armin Sendoval se paseaba como un león enjaulado por el salón. De cuando en cuando, se paraba junto a una ventana y blandía el puño hacia la nieve que caía tan espesa, que a veinticinco metros no había ya ninguna visibilidad.

Los boletines meteorológicos no anunciaban ninguna mejoría en el tiempo. El joven se sublevaba al pensar que, en pleno siglo XXII, dos personas pudiesen quedar inmovilizadas en una habitación, aunque, eso sí, dotada de los mayores refinamientos de la civilización.

Armin estaba furioso, porque comprendía que su forzosa quietud resultaba beneficiosa para Aksnem. El profesor no le importaba tanto como autor de un crimen cometido veintitrés años atrás, sino por la muerte de Fatzoda, la que, pese a todas las declaraciones, no había sido el suicidio que estaban empeñados en hacerle creer. Una y otra vez había insistido ante su amigo Coogan que ellos habían visto el atropello y que no hubo suicidio en modo alguno. Movido por la insistencia del joven, Coogan había prometido efectuar un reinterrogatorio del portero del manicomio, única persona que, junto con ellos, había presenciado el accidente, pero le pasaba lo mismo que a él: la intensa nevada le impedía moverse de su oficina.

En los tres días siguientes, Armin pudo darse cuenta de que, con notable frecuencia, la muchacha se encerraba en una habitación del piso, la cual cerraba con llave por dentro. Dos o tres veces, con distintos pretextos, quiso entrar en aquella estancia, pero Helena, con cortés firmeza, le negó el acceso, sin darle la menor excusa por su negativa.

Al tercer día cesó de nevar.

El cielo aclaró y cesó el viento. Entonces bajó la temperatura y se les planteó un problema.

—Los automóviles no pueden rodar — alegó el joven.

—Muy bien — dijo Helena fríamente—. Alquilaremos un helicóptero. Ocúpese de los trámites, ¿quiere?

Armin se dirigió al visófono y llamó a una agencia de alquiler de dichos vehículos. Concertado el servicio, fue a su habitación y se puso la ropa de abrigo; el helicóptero estaría allí en menos de treinta minutos.

Una vez equipado, volvió al salón. En aquel momento, sonó el visófono.

Bajó la palanquita que daba la comunicación. El rostro del policía apareció de inmediato en la pantalla.

—Armin, tengo que darte una noticia — dijo Ben Coogan.

—Adelante — contestó él.

—Simón Ostrow, el portero del manicomio, ha sido hallado esta mañana muerto sobre la nieve. Al lado tenía una botella vacía. Se supone que se embriagó y cayó al suelo, quedándose dormido. Pereció después por congelación... en la misma verja del manicomio.

Hubo una pausa de silencio. Después, Armin exclamó:

—¿Y tú crees eso, Ben?

El policía se encogió de hombros.

—Me atengo a lo que he oído, tiburón. Ese caso no pertenece a mi demarcación.

—La señorita Wann y yo juramos que fue atropello voluntario. Ostrow manifestó que era suicidio. Ahora está muerto. No conviene que más adelante pueda desdecirse, ¿comprendes?

—Podría ser — admitió el policía, dubitativo.

—Es — afirmó el joven—. Y, otra cosa: busca al que proporcionó la coartada al profesor Aksnem o correrá la misma suerte que Simón Ostrow. Buenos días, Ben.

Cerró la comunicación. Al volverse, divisó a Helena a su lado.

—Lo he oído todo — dijo ella.

—Aksnem no ha perdido el tiempo.

—Desde luego. Y eso servirá para que usted crea añora en cuanto le he dicho sobre ese diabólico individuo.

—Sólo hasta cierto punto, Helena — contestó él —. Puedo creer en un asesinato cometido hace veintitrés años, como es el de Angus McMeen; incluso podría admitir otro realizado medio siglo atrás; he visto matar a un hombre en mis propias narices, pero lo que en ningún modo estoy dispuesto a aceptar es que ese hombre cometiera un asesinato hace siglo y medio.

—Es cierto. Yo lo vi — aseguró ella con vehemencia.

Armin se puso el chaquetón y un gorro de punto.

—Vamos — dijo, tomándola por el brazo—. El helicóptero debe estar a punto de llegar a la terraza del edificio.

Alcanzaron la terraza un par de minutos después, justo cuando el aparato perdía altura. Unos segundos más tarde, entraban en la cabina.

El piloto los trasladó hasta la agencia, en la que firmaron los documentos y Helena pagó el importe correspondiente a una semana de alquiler.

—Muy bien — dijo Armin, apenas se hubieron quedados solos—. Y ahora, vamos en busca del venezolano.

El tiempo había aclarado muchísimo, aunque la temperatura todavía era muy baja. No se veían vehículos terrestres; en algunos puntos, la nieve alcanzaba alturas superiores al metro. La circulación rodada estaba paralizada. Sólo los vehículos aéreos podían moverse y ello gracias a la relativa bonanza sucedida al temporal de nieve.

Media hora más tarde, sobrevolaban la terraza de 1a casa indicada por Ben Coogan. Tomaron tierra y se encaminaron hacia la puerta de acceso a los pisos inferiores.

Momentos después, se hallaban en el piso correspondiente al que ocupaba Juan Pérez. Armin llevaba a prevención una pistola de gas narcótico, que podía dormir a un hombre en tres segundos, arma que había utilizado en más de una ocasión con pleno éxito. Aunque el hombre fuese de una complexión muy resistente y tardase algo más en dormirse, el gas lo aturdía instantáneamente, dejándolo indefenso.

—Aquí es — dijo la muchacha, deteniéndose ante una puerta.

Oprimió el zumbador. Nadie les contestó.

Sus llamadas cayeron en el vacío.

Helena volvió los ojos hacia Armin

—Escapó — declaró.

—Me lo suponía — comentó él—. Aguarde aquí un momento.

Cinco minutos después, el joven regresaba con las llaves del apartamiento.

—¿Dónde las consiguió? — preguntó Helena, admirada.

—Se las pedí al conserje. Dije que estaba con mi esposa y que queríamos alquilar el piso. Acompañé 1a solicitud con un billete y… ¡Ah, ya está abierto! Las damas primero — sonrió, echándose a un lado.

Helena cruzó el umbral. Inmediatamente después, lanzó una

exclamación de asombro.

—¡Está vacío!

¿Qué esperaba? —dijo Armin—. ¿Encontrarse acá con Aksnem, aguardándonos con una bandeja de refrescos?

—No me refiero al profesor, sino a los muebles.

Armin frunció el ceño. Helena tenía razón.

—Hay apartamientos que se alquilan así. El inquilino, entonces, pone su propio mobiliario.

—Sí, pero... —dijo ella, mordiéndose el labio inferior—. Exploremos el piso.

No costó mucho comprobar que Aksnem, en su huida, se lo había llevado todo, sin dejar ni un solo papel que pudiera significar un rastro aprovechable. No obstante, en una de las habitaciones vacías, Armin encontró en un muro ciertas huellas, que le intrigaron sobremanera.

—Yo le diré de qué son — manifestó Helena ante su extrañeza —. Tenía adosados aquí sus aparatos.

—¿Qué aparatos?

—Los que emplea para sus diabólicos experimentos.

—Ah, ése que consiste en trasladar su mente al cuerpo de otra persona — comentó Armin en tono sarcàstico.

—¡Si, y es verdad!—protestó ella con energía.

Armin levantó ambas manos, como queriendo defenderse.

—Bueno, bueno — dijo—, no es preciso enfadarse tanto. De todas formas, si Aksnem ha escapado, en esta ocasión resulta fácil seguirle la pista.

—¿Cómo? ¿De qué manera? — preguntó Helena, muy interesada.

—Aguarde un momento.

El apartamiento poseía teléfono interior. Armin llamó a conserjería.

—Soy Sendoval, del apartamiento 115 R — dijo.

—Sí, señor.Nos gustaría hablar con el anterior inquilino, acerca de ciertos detalles personales. ¿Le importaría decirnos su actual dirección?

—Lo siento, señor — contestó el conserje—. Se marchó sin dejar las señas de su nuevo domicilio.

Armin ya se esperaba una respuesta semejante. Sin hacer caso

del desánimo que se observaba en el rostro de Helena, continuó en tono natural:

—Bien, pero en tal caso, usted conocerá el nombre de la agencia de mudanzas que realizó el traslado de sus muebles.

—Oh, desde luego. Es la «Aerotruck». Lo recuerdo muy bien, porque vi el nombre pintado en los costados del helicóptero de carga que se llevó todos sus cacharros.

—Gracias, amigo.

Armin colgó el aparato y se volvió hacia la muchacha.

—En la agencia nos dirán a qué punto se hizo el traslado— manifestó—. Si no me equivoco, en este edificio, como en todos, debe haber una cafetería en alguno de los pisos bajos. Podemos tomar un café y examinar la guía visofónica mientras tanto.

—De acuerdo.

El ascensor les llevó hasta la primera planta, donde encontraron el establecimiento citado por el joven. Armin encargó dos tazas de café y la sección comercial de la guía visofónica.

Empezó a pasar hojas. Cinco minutos más tarde, miraba a la muchacha con expresión consternada.

—¡No existe la «Aerotruck»!—exclamó—. Es un nombre falso.

Helena sonrió con tristeza.

—¿Piensa usted que Aksnem iba a ser tan tonto como para dejar tras de sí un rastro tan comprometedor? Posiblemente, hasta el falso helicóptero de carga era suyo y mandó pintar ese rótulo para despistar a sus perseguidores. No podía llamar a una agencia auténtica y luego asesinar a los mozos de mudanza; la vida humana no le importa en absoluto, pero tantos crímenes podrían hacerle demasiado sospechoso, ¿comprende?

Armin se frotó la mandíbula.

—Pero — objetó—, tuvo que emplear algún ayudante. Él solo no pudo llevar los muebles hasta la terraza...

—Seguramente le ayudó el propio conserje y él, disfrazado, se haría pasar por el empleado de la agencia. No es necesario que esté presente el inquilino para que se realice el traslado.

—Es posible — admitió él, decepcionado —. Lo peor de todo es que hemos perdido su pista.

—Todavía no debemos desesperar — contestó la muchacha—. Tal vez yo pueda encontrarla.

—¿Cómo? —preguntó él, asombrado.

Helena sonrió de modo enigmático.

—Puesto que no se cree que soy una «vieja» de ciento setenta y cinco años, no se lo diré, como una especie de castigo. Sólo le indicaré el nuevo domicilio de Aksnem, una vez lo haya averiguado.

—¿Y cuándo sucederá eso? — quiso saber Armin.

La muchacha se encogió de hombros.

—Una semana, dos, tal vez meses... No puedo afirmarlo todavía, Armin. ¿Regresamos a casa?

—Si —suspiró él, resignado—. Será lo mejor.

CAPÍTULO VI

Entraron en el apartamiento. Armin se sentía bastante chasqueado y, para ahogar su decepción, buscó el aparador de los licores y se sirvió una copa. Helena dijo que iba a cambiarse de ropa.

Armin tomó un par de sorbos. Se quitó el chaquetón y encendió un cigarrillo. Con éste en una mano y la copa en la otra, se acercó a la chimenea y contempló reflexivamente la alegre danza de las llamas.

Se preguntó por qué se había metido en semejantes jaleos. La respuesta fue que los verdes ojos y el lindo talle de Helena Wann tenían la culpa. Sentía vivísima curiosidad, además, por conocer el desenlace de aquel enigma, y confiaba en que, más adelante, cuando se hubiese establecido entre los dos un intercambio de sentimientos más acentuado que el actual, aunque no llegase a sobrepasar los límites de una buena amistad, ella le contaría muchas cosas que añora le mantenía ocultas. Tal vez, entonces...

— ¡Armin!

El penetrante grito de la muchacha le sobresaltó muchísimo, cortando en seco sus melancólicas reflexiones. Dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y tiró el cigarrillo a las llamas, todo con la misma acción. Inmediatamente corrió hacia el lugar de donde había sonado el grito.

Helena salió a su encuentro. Estaba pálida y tenía el rostro desencajado.

—Aksnem ha estado aquí.

Armin pegó un respingo.

—¿Qué? ¿Está segura?

—No cabe la menor duda. Venga.

Helena le tomó por una mano y le condujo hasta el cuarto que Armin, para sí, había denominado de «Barba Azul», debido al empeño de la muchacha en no dejarle conocer su interior. Ahora, sin embargo, la puerta estaba abierta de par en par.

La mano de Helena temblaba de forma perceptible.

—Mire, Armin — dijo, a punto de echar a llorar.

El joven emitió un tenue silbido.

Parecía que hubiese pasado un ciclón por la estancia. Veíanse ruinas de aparatos científicos, que a él le resultaban desconocidos por completo, destruidos con una saña que no parecía humana. El martillo y el hacha habían sido utilizados pródigamente.

No quedaba un solo vidrio sano, salvo los de las ventanas. Instrumentos de medición, bobinas, carretes, amplificadores, transformadores de corriente… hasta una especie de aparato de Rayos X, de forma totalmente nueva, habían sido destruidos a golpes, con gran sadismo.

Helena se inclinó y puso boca arriba una caja metálica de medio metro de lado.

—Incluso empleó un soplete.

—¿Para qué? — preguntó él.

—Para fundir las conexiones de cobre. ¿No ve esas gotas metálicas esparcidas por todos sitios? Había también hilos de platino… ¡Oh, Dios mío! — gimió, dejándose caer sobre una silla. Los muebles habían sido respetados por la sádica furia de Aksnem —, ya no podremos encontrarlo jamás.

—Un momento — dijo él—. ¿Cómo está tan segura de que no podrá hallarlo jamás?

Helena movió la mano en sentido circular.

—¿Es que no lo ve? — contestó con acento plañidero—. Todos estos aparatos servían para localizar a ese miserable asesino y…

Armin sintió que la cabeza le daba vueltas. Pero se rehizo rápidamente. Inclinóse hacia ella y la agarró por un brazo.

—Vamos al salón. Tomará una copa y me lo explicará todo — dijo —. Hay aquí cosas que no entiendo…. y que, si quiere que siga ayudándole, deberá suplicarme.

Ella accedió sin protestar. Armin le preparó una copa y Helena se la bebió. Los colores fueron volviendo poco a poco a su rostro.

—Era un localizador de ondas cerebrales construido por el doctor Fatzoda — explicó la joven, cuando se sintió un poco mejor —, Gracias a él, habría podido encontrar rápidamente a Aksnem.

—No entiendo — dijo Armin—. ¿Quiere decir que todos esos cacharros eran como una especie de radar del cerebro?

—Sí — contestó ella —. Al doctor Fatzoda le había costado años y años no sólo construirlo, sino planearlo. El aparato estaba basado en, como usted debe saber, la emisión de ondas eléctricas

cerebrales.

—Sí, algo he oído al respecto — admitió el joven.

—Naturalmente, al cabo de tantos años, casi dos siglos, porque cuando Aksnem cometió su primer asesinato, ya tenía cuarenta y siete años, su mente ha adquirido una prodigiosa actividad. Ello se refleja, como es lógico, en una mayor intensidad del potencial eléctrico de su cerebro.

—Entiendo. Y basándose en ese principio, Fatzoda trataba de localizar la fuente de esas emisiones eléctricas.

—Justamente. Pero ahora está destruido y no podremos...

—¡Un momento! — pidió él—. ¿Cómo es que Fatzoda supo localizar a Aksnem y nosotros... perdón, usted, no consiguió hacerlo con todos esos instrumentos que tenía a su disposición? Hemos tenido que recurrir hasta ahora a métodos tradicionales, pero podíamos haber ganado mucho terreno si...

Helena le dirigió una triste sonrisa.

—Aunque el doctor Fatzoda venía trabajando desde hacía mucho tiempo en la construcción del aparato, puede decirse que, prácticamente, no había entrado en funcionamiento hasta vísperas de aquella conferencia, en que usted y yo nos conocimos.

—Gracias a «El Tenacillas» — musitó Armin.

—¿Cómo? — exclamó ella.

—Nada, hablaba solo — dijo el joven—. Debo deducir de sus palabras que usted no sabía manejarlo.

—Así es. Bueno, no saber manejarlo no es la expresión correcta. Digamos más bien interpretar sus indicaciones. Tenga en cuenta que es preciso diferenciar las emisiones cerebrales de Aksnem de las de otros muchos cerebros, a pesar de los distintos niveles de potencial. El doctor Fatzoda no había conseguido aislar del todo las emisiones cerebrales del operador, por ejemplo, las que, por su mayor cercanía al aparato, poseían un potencial casi análogo a las de Aksnem, situado, lógicamente, a mucha mayor distancia, lo que compensaba su superioridad mental.

—Comprendo — dijo él—. Y Aksnem, como se sabía perseguido, vino aquí y, aprovechando nuestra ausencia, destruyó los aparatos.

—Eso mismo.

—¿Cómo supo que estábamos ausentes?

Helena le enseñó las palmas de las manos.

—Lo siento. No puedo contestarle.

El teléfono sonó en aquel instante.

Helena dio la comunicación.

—Vaya — sonó la voz del teniente Coogan—, por fin tengo la suerte de ver completa la cara de la chica que ha trastornado a mi buen amigo el tiburón. Es usted muy guapa, señorita.

Armin se puso delante del objetivo captor de imágenes.

—Déjate de bromas — dijo—. La señorita Wann es mi cliente.

—Así, también yo sería detective privado — bromeó el policía —. Bueno, al grano. Fargo Wynand ha confesado.

—¿Quién es Wynand? — preguntó el joven, extrañado.

—El empleado de la Fundación Armstrong que facilitó la coartada al profesor Aksnem. Le apreté las clavijas y soltó todo lo que sabía. Aksnem le pagó diez mil por la mentira.

Armin silbó.

—El tipo sabe gastárselos, sin dudarlo. ¿Qué dice Wynand del domicilio de Aksnem?

—Es el mismo que dio Juan Pérez cuando alquiló el cacharro con el que mató a Ostrow. Lo hemos registrado...

—Nosotros también. El pájaro voló, usando un helicóptero con el nombre de una compañía de mudanzas inexistente, la «Aerotruck».

—Sí, también lo sabemos. Hemos emitido un boletín para capturar a Aksnem, pero, hasta el momento, nuestros esfuerzos han resultado baldíos.

—Muy bien. Gracias por la información, polizonte.

Armin cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Yo voy a salir — dijo—. Enciérrese en casa y no salga por nada, ni abra tampoco a nadie que no esté segura de conocer con absoluto seguridad, ¿estamos?

Ella asintió con una leve sonrisa.

—Así lo haré — prometió —. ¿Necesita dinero?

—Por ahora, no, gracias. — Armin se puso el chaquetón y el gorro da punto —. Voy a ver si trabajo yo por mi cuenta, utilizando procedimientos que no son precisamente los que utiliza mi amigo el policía. ¡Hasta la vista!

* * *

El local estaba lleno de humo de cigarrillos. La atmósfera era densa, sofocante, bien distinta de la excesivamente fría del exterior.

Armin se soltó el botón superior del chaquetón y se detuvo en el primer peldaño de la pequeña escalera que conducía al piso del establecimiento. Repasó con la vista la abigarrada clientela que llenaba el local. La mayoría eran sujetos que bordeaban con sus acciones los límites de la ley, cuando no la violaban abiertamente. Había también muchos astronautas, pero de la clase de simples tripulantes. El contrabando, pese ser muy perseguido por las patrullas del espacio, solía rendir buenos beneficios.

Por fin divisó al hombre a quien buscaba. Estaba a una mesa, jugando aburridamente a las cartas con otros dos sujetos de tan mala catadura como él. La botella que había en el centro de la mesa aparecía casi vacía.

Armin descendió los tres escalones que faltaban. Una mujer de ojos y labios pintarrajeados y sonrisa profesional salió a su encuentro, pidiéndole que la invitase a una copa. Armin la apartó a un lado y siguió su camino.

Agarró una silla y se sentó a la mesa. Los ocupantes de la misma le miraron con recelo.

—Hola, Audie —dijo, sonriendo.

El «Tenacillas» puso mala cara.

—¿A qué ha venido a verme, bastardo?

—No por gusto, claro — contestó Armin, sin dejar de sonreír. Levantó la mano y una camarera de senos generosos y gesto desabrido se acercó a la mesa—. Una botella de lo bueno, guapa. Y trae vasos limpios; éstos que veo aquí padecen hidrofobia. Lo digo por el horror al agua que se advierte en ellos —aclaró.

—El hidrófobo lo será usted — contestó la camarera irritada.

Pero volvió sus pomposas caderas y se dispuso a cumplir la orden.

—Me chafó un buen negocio —se quejó «El Tenacillas».

—Dos. El collar y el «pendentif». Pero como devolviste ambas cosas, sigues en libertad, en lugar de haber recibido una docenita de años de «trena». Ah, ya está aquí la botella. Toma, hermosa; guárdate la vuelta.

—He limpiado los vasos con sulfúrico — dijo la camarera antes de alejarse.

Armin llenó los cuatro vasos. Levantó el suyo.

—Salud, chicos.

Luego se puso un cigarrillo en la boca y arrojó el paquete sobre la mesa. Esperó a que los tres hampones hubiesen encendido el suyo y entonces extrajo una fotografía del bolsillo del chaquetón.

—¿Habéis visto alguna vez a este pájaro? — preguntó.

—Hoy ha publicado la prensa su retrato — contestó uno de los amigotes de «El Tenacillas».

—Pagaré quinientos «decapavos» al que me diga dónde se esconde —manifestó el joven impasible.

Audie Jonesmith le miró con recelo.

—¿Es una broma, fisgón? — preguntó.

—Nada de eso, «Tenacillas». Tú ya sabes que hay ciertas cuestiones con las que no me gusta bromear.

El ladrón se acarició la mandíbula.

—¿Por qué tiene tanto interés en el pájaro? Ya lo están buscando los polizontes, ¿no?

—Quinientos «decapavos» de recompensa me dan el derecho de cerrar el pico — contestó el joven con calma—. Podéis guardaros la fotografía; tengo más. —Sacó papel y lápiz y escribió rápidamente —. Me encontraréis en cualquiera de estos dos visófonos. La recompensa será pagada en el acto.

—Nada de cheques — dijo «El Tenacillas».

—Billetes contantes y crujientes—sonrió Armin—. Bien, hasta la vista, chicos. Que os aproveche la botella.

Se puso en pie, se abrochó el chaquetón y salió a la calle.

Levantó la vista al cielo. Estaba encapotado. Nevaría de nuevo y pronto.

Estremeciéndose de frío, se encaminó al helicóptero subió a la cabina y despegó en el acto. La ausencia le circulación rodada permitía aterrizar en las calles.

CAPÍTULO VII

Cuando le vio entrar, casi se arrojó a su cuello.

—¿Dónde ha estado todos estos días? — exclamó Helena Wann de forma que bordeaba el histerismo.

—Trabajando — contestó él.

—¿En qué? ¿Tan importante era que no tuvo tiempo siquiera de llamarme ni una sola vez? — protestó la chica indignada—. ¡Cinco días sin saber absolutamente nada de usted! ¿Le parece bonito?

Armin sonrió, mientras se dirigía al bar.

—Depende — contestó, desabrochándose el chaquetón—. Pero, como tampoco tenía nada importante que decirle, no creí que usted se fuese a ofender por mi silencio.

—He estado enclaustrada, sin salir para nada...

Armin llenó su copa y bebió un buen trago.

—¿Ha recibido alguna llamada para mí? —preguntó.

—No. ¿Es que espera que alguien le llame?

—Sí. Un buen amigo mío... precisamente el mismo que le robó el collar. A propósito, ¿qué dinero tiene en casa?

Helena frunció el ceño.

—¿Para qué lo quiere?

—Es posible que tenga que pagar una recompensa. A Ud. le interesa encontrar al profesor Aksnem, ¿no es cierto?

—Demasiado lo sabe — contestó Helena. Fue hacia él y le quitó la copa, cuyo contenido terminó de una sola vez —. ¿Cuánto?

—Quinientos «decapavos».

—¿Qué? — se extrañó ella.

—Perdón, quise decir cinco mil. ¿Dispone de ellos? Es preciso tenerlos preparados; de lo contrario, sería preciso ir al banco..., porque me imagino que tendrá un banco, ¿no?

—Desde luego. Hay dinero suficiente en casa, si es a eso a lo que se refiere. Y ahora, dígame qué ha estado haciendo en estos cinco días.

Armin arrojó el abrigo sobre una butaca.

—Investigando los archivos desde ciento cincuenta años a esta parte.

—¿Y...?

—Parece ser que tiene usted razón. He encontrado rastros de

ocho o nueve muertes misteriosas, producidas aparentemente por causas naturales, pero que siguen una línea común. La primera se refiere a un tal Herb Wann.

El rostro de la muchacha se demudó.

—Era mi padre — confesó.

—Sí, claro. ¿Su padre ha dicho? ¿Seguro?

—Como lo oye — afirmó Helena.

Armin la miró con suspicacia.

—Bueno, si usted lo dice... Un día tendrá que explicarme cómo ha podido prolongar su vida durante un siglo y tres cuartos.

—Tal vez lo haga — contestó la muchacha en tono neutro—. ¿Y qué más?

—Pues que parece ser que va teniendo razón, al menos en lo referente a Aksnem. Pero aún no he conseguido localizarlo.

—La policía tampoco.

Armin sonrió y quiso servirse otra copa. Helena se lo impidió.

—No se embriague — dijo en tono prohibitivo —. Le necesito.

—Como detective, claro.

—No se haga ilusiones. Es usted mi empleado, eso es todo.

Armin sonrió.

—Una vez pensé que sería curioso casarme con una chica que podría ser mi tata—tatarabuela. ¿Qué edad declararía usted en el momento de rellenar los documentos del matrimonio?

—Nos estamos desviando de la cuestión...

El visófono sonó de pronto.

—Perdóneme — se excusó Helena.

Fue hacia el aparato y lo conectó. Un segundo después, salía por el altavoz un agudo silbido.

Armin se echó a reír. Se acercó al visófono y la apartó con suavidad.

—Hola, «Tenacillas»—saludó—. ¿Alguna novedad?

—Sí, fisgón. Oiga, ¿de dónde ha sacado a la prójima? ¿De un calendario?

—Moderación, granuja. Te pago por resultados, no por comentarios. ¿Qué tienes por allí para mí?

—Enséñame primero los quinientos «decapavos» — dijo el ladrón.

Armin hizo una seña, Helena volvió a poco con el dinero, que

colocó ante el objetivo.

—¿Dónde piensa dejármeles? — preguntó «El Tenacillas».

—Los meteré en un sobre, escribiré tu nombre y echaré al correo...

—No. Déjelo en la conserjería de esa casa. Yo pasaré a recogerlo.

—Conforme. Y ahora, desembucha.

—Carretera de Tercer Nivel, Oeste, Décimo Cruce, diez millas a la derecha. Es una casa de campo aislada. La reconocerá fácilmente por los diez o doce olmos que la rodean.

—De acuerdo. Oye, ¿cómo lo has averiguado?

« El Tenacillas» sonrió.

—Uno de mis amigos quiso aprovechar el buen tiempo que hace para dar un golpe. Comentamos el asunto y me dijo que había visto al tipo trabajando en su despacho. Escribía no sé qué diablos en una pizarra... De repente, sonó la alarma y el fulano salió corriendo tras él con una escopeta en la mano.

—Gracias, Audie. Puedes pasarte por la conserjería cuando quieras.

Cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Tengo el helicóptero en la terraza — dijo.

* * *

Volaban a baja altura por encima de la carretera indicada por el ladrón. El tránsito se había intensificarlo en los últimos años de tal manera, que había sido preciso construir las carreteras por pisos, por cualquiera de los cuales se podía circular en ambas direcciones, dependiendo, en todo caso, de la acumulación de vehículos en cada nivel y que era indicada por señales luminosas establecidas a trechos determinados.

El piso superior aparecía desierto. Las limpianieves se afanaban por dejarlo expedito, pero pasarían días antes de que se disiparan los efectos de la nevada. Por el contrario, la circulación de helicópteros ira intensísima. En vista de ello, la dirección del transita había dictado normas severísimas: cotas máximas de quinientos metros, que podía reducirse según el techo de nubes, y velocidades no superiores a los cincuenta kilómetros a la hora, con el fin de aminorar las posibilidades de colisión.

El aire parecía poblado por un colosal enjambre de mosquitos. Los helicópteros iban y venían en todas direcciones. Se veían muchos de color rojo, indicativo de las patrullas de vigilancia, que eran inexorables con los contraventores de las órdenes de tráfico. Los cruces entre cada aparato no se hacían a menos de cien metros, siempre siguiendo las instrucciones dictadas.

La marcha, por tanto, resultaba enervante por la escasa velocidad que era preciso mantener. Armin manejaba los controles del aparato, con la vista fija en la carretera que había bajo ellos, a cien metros de distancia.

De cuando en cuando, se encontraban con un cruce de otros caminos que seguían una dirección transversal. Éstos pasaban por encima o por debajo, hallándose unidos a la carretera de Tercer Nivel por diversos bucles, que permitían el cambio de ruta sin mayores dificultades.

Dos horas después de su salida, encontraron el cruce número diez. Entonces, Armin se desvió a la derecha.

—Veinte minutos — anunció. Y agregó, satisfecho —: La intensa circulación de helicópteros nos facilitará las cosas. Si hiciese mejor tiempo, que es cuando los helicópteros vuelan más alto, el profesor

Aksnem podría extrañarse, pero de esta forma creo que será posible llegar a su casa sin ser advertidos hasta el último instante.

—La casa tiene alarma — objetó ella.

Armin se encogió de hombros.

—Atacaremos por sorpresa.

—¿Con la pistola de gas?

—O con los puños. ¿Sabe si tiene él algún arma especial?

—¿A qué arma se refiere usted?

—Bien — dijo el joven, haciendo una mueca—, si es un hombre que tiene hoy ciento noventa y siete años, a la fuerza debe ser una especie de supersabio. No me gustaría que se sacara de la manga una pistola atómica o algo por el estilo.

—No lo creo — contestó ella —. En todo caso, utilizaría un revólver corriente.

—Esperémoslo — murmuró Armin, no muy convencido, de todas formas.

Aún seguía creyendo que Aksnem era un simple asesino y que todo lo que hacía era por ocultar el crimen cometido veintitrés años antes en la persona de Angus McMeen.

Paro, en tal caso, el homicidio había prescrito ya. No había ley humana que pudiese juzgarle por un delito que gozaba ya de los beneficios de la prescripción.

De súbito, Helena exclamó:

—¡Ahí está!

La casa y los olmos se divisaban claramente, aislados en el paisaje nevado. Armin continuó volando en línea recta, sin perder altura.

—¿Por qué no desciende? — preguntó ella.

—Hagamos las cosas bien. A pesar de todo, no conviene bajar con el helicóptero en el mismo patio de la casa. Mire, allí, a quinientos metros, veo otra. No sale humo de la chimenea, lo cual indica que en estos momentos está deshabitada.

—Pueden utilizar energía eléctrica para calefacción — arguyó Helena.

—Es rara la casa de campo que no tiene chimenea de troncos por el contorno — sonrió él. Redujo gases **y** el aparato empezó a perder altura—. Si nos ve, creerá, que somos los habitantes de esa casa y no se preocupará ya más de nosotros.

Momentos después, el aparato tomaba tierra, Armin abrió !a portezuela y saltó al suelo, volviéndose para ayudar a la muchacha a descender. Hacía un frío intensísimo, pero que, no obstante, era soportable dada la total ausencia de viento. La atmósfera clara, cristalina, y las ramas de los árboles, cargadas de nieve helada en su mayoría, adoptaban formas fantasmagóricas de singular belleza.

Armin y Helena rompieron la marcha. Había muchos setos y arbustos, que les proporcionaban una fácil ocultación. Así consiguieron llegar a las inmediaciones de la casa, sin ser advertidos.

El edificio estaba rodeado por una valla baja de madera, que enmarcaba el jardín, cuyo principal ornato eran los diez o doce olmos que había citado «El Tenacillas». Antes de franquear la valla, los dos jóvenes observaron el edificio unos instantes.

—El amigo de Audie Jonesmith habló de la alarma —dijo él en tono bajo —. Es posible que suene apenas hayamos franqueado esta valla.

—¿Qué haremos entonces? — preguntó la muchacha en tono aprensivo.

Armin reflexionó unos momentos. Desde la valla a la casa había un espacio de cincuenta metros.

Sacó la pistola de gas anestésico.

—En mis tiempos de estudiante solía cubrir los cien metros en menos de once segundos. Teniendo en cuenta el estado del suelo y los ropajes que visto, podemos calcular que esos cincuenta metros me costarán seis o siete segundos. Un tiempo demasiado corto — concluyó —, para que nuestro querido enemigo Bral Aksnem pueda prepararse para la defensa. —Se volvió hacia la muchacha—. ¿Está lista?

La cara de Helena aparecía pálida y contraída, pero la resolución brillaba en sus hermosos ojos.

—Cuando quiera, Armin — contestó.

El joven saltó la valla, apoyándose con una sola mano e inmediatamente echó a correr hacia la casa. Mientras lo hacía, sacó la pistola anestésica.

Helena le siguió sin dilación. Armin rodeó el edificio y llegó a la puerta de entrada, que halló abierta, con gran sorpresa por su parte.

Helena le alcanzó. Él extendió la mano izquierda.

—¡Cuidado! —murmuró en voz baja.

Franquearon el umbral. La casa aparecía desierta, aunque amueblada, se veía que no había tenido tiempo de ser acomodada del todo.

El silencio era absoluto.

Caminando con grandes precauciones, llegaron a una habitación que tenía todo el aspecto de haber sido abandonada de prisa. Aunque no se veía un solo papel por el suelo, los cajones abiertos indicaban sobradamente que habían sido vaciados con gran precipitación.

Helena se sintió descorazonada.

—Ha escapado — dijo.

Armin no contestó. Viendo que en aquella estancia no había nadie, pasó a la siguiente. Apenas hubo franqueado la entrada, se detuvo en seco.

—Helena— llamó.

La muchacha acudió al instante. Un sordo gemido se escapó de sus labios.

—¡Es el profesor Aksnem! — exclamó.

Armin enfundó la pistola anestésica.

—Bueno, aquí se acaba la historia — exclamó con un suspiro de alivio.

—Se equivoca usted — contestó Helena.

Armin se volvió para mirarla.

—¿Qué está diciendo? Aksnem está muerto; ha purgado sus crímenes y todo se ha acabado...

- Pero, ¿es que no lo entiende? — clamó ella con voz crispada.
- **¡Aksnem ha cambiado su mente a otro cuerpo humano y ahora desconocemos en absoluto cuál es su nueva identidad!**

CAPÍTULO VIII

Al oír el timbre de la puerta, Helena Wann se volvió como un rayo.

Armin se dirigió a abrir. La figura del teniente Coogan se dibujó bajo el dintel.

—¿Puedo pasar? — preguntó el policía. Era un hombre joven, de aspecto agradable y expresión un tanto socarrona.

Miró a la muchacha con aire especulativo. Armin hizo las presentaciones:

—La señorita Wann, el teniente Coogan.

Helena y el policía se saludaron.

—Le prepararé una taza de café, oficial — dijo ella.

—Gracias, señorita.

—Ponte cómodo, Ben — sugirió Armin.

—Gracias, no estaré mucho tiempo, de todas formas.

La cafetera estaba sobre una mesita cercana, calentándose encima de una pequeña lámpara de alcohol. Helena puso café en una taza.

—¿Azúcar, teniente?

—Un terrón.

La muchacha le llevó la taza. Coogan removió el azúcar y bebió el café. Al devolver la taza a Helena, se lo agradeció con una breve sonrisa.

—Estamos esperándote, Ben—dijo el joven, impaciente.

—He venido por pura cortesía — respondió Coogan—. Lo mismo habría podido decírtelo por teléfono.

—Cero — expresó Armin.

—Justamente. No hemos encontrado el menor rastro del asesino del profesor Aksnem... es decir, del supuesto asesino, porque el forense ha dictaminado que murió a consecuencia de un colapso cardíaco.

Helena dio un paso hacia delante, con gesto impulsivo. Armin extendió la mano, recomendándole calma.

—La casa daba la impresión de haber sido saqueada— alegó el joven.

—Sí, no hay por qué negarlo. Pero no es la primera vez que pasa en circunstancias semejantes.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir, Ben?

—Bueno — contestó Coogan —, en este tiempo, me refiero a cuando el tiempo se hace insoportable… hay algunas casas que quedan desiertas. Hay merodeadores y…

Armin recordó al amigo de «El Tenacillas» que la había facilitado la información requerida. Las palabras de Coogan parecían llenas de lógica.

—Pero el supuesto asesino habrá dejado huellas — alegó Helena.

—Sí, claro — contestó Coogan—. Y se trabaja sobre la base de esas huellas, aunque — movió la cabeza con gesto pesimista —, mucho me temo que no logremos nada positivo.

—Son las huellas de un desconocido.

—Exactamente. Pero no dactilares, ¿eh?

Armin se pellizcó el labio inferior un segundo.

—¿Cómo son las huellas? ¿Grandes, pequeñas, medianas? Había nieve en el patio; puede deducirse si era un hombre pesado o de pequeña envergadura. Hasta por la longitud de los pasos se pueden deducir algunos detalles, tales como la edad…

—Pues, si, tienes razón — concordó el policía—. Era un sujeto que pesaría unos setenta y cinco kilos. Debe medir alrededor de un metro y setenta centímetros, tal vez algunos más… pero eso es todo, Armin. Con semejantes características, hay millones de personas en todo el área.

Armin dejó caer los brazos, descorazonado.

—Está bien. La señorita Wann y yo te lo agradecemos infinitamente, Ben.

—No tiene importancia. Lo he hecho por ti, tiburón. Pero, aun en el supuesto de que encontrásemos al sujeto, sólo podríamos acusarle de haber robado… Y ni siquiera sabemos lo que pudo robar, puesto que no ha quedado nadie que pueda decírnoslo.

—Comprendo — murmuró el joven, meditabundo.

Coogan se despidió.

—Me gustaría haber podido decirles algo más positivo. He tenido mucho gusto, señorita Wann. Adiós, Armin.

El joven acompañó a su amigo hasta la puerta, luego volvió al centro de la habitación y se sirvió una taza de café.

—Aksnem es listo, sin duda — murmuró.

A pesar de las circunstancias, Helena no pudo contener una sonrisa.

—Empieza a creerme, Armin.

—¡Hum!—El joven tomó irnos sorbos de café—. No sé qué decirle, la verdad. Si hubiésemos tenido sus aparatos intactos... ¿Cómo es que el doctor Fatzoda no le enseñó el manejo a usted?

—¿Cree que eso se aprende en cuatro días? Apenas llevaba un mes despierta cuando...

Helena se interrumpió de pronto, como arrepintiéndose de las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Qué es lo que ha dicho usted? — preguntó Armin.

—Nada, olvídelo — contestó ella, mordiéndose los labios —. Lo que le interesa de mi respuesta es que no tuve tiempo material de aprender el manejo del instrumento, por lo menos, hasta el grado de poder localizar al profesor Aksnem, ni mucho menos aprender a construirlo.

—Es decir — murmuró él —, que si poseyéramos un aparato semejante, estaríamos en condiciones de detectar el exacto emplazamiento del cerebro de Aksnem y, por tanto, de su actual propietario, bajo la nueva forma corporal que acaba de adquirir.

—Así es — contestó ella.

Armin empezó a pasearse por la habitación con la furia de un león enjaulado. Helena se dio cuenta de que el joven estaba reflexionando y no quiso interrumpirle.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia ella y la miró con ojos brillantes.

—Creo que tengo la solución — dijo.

—Hable, pronto — pidió Helena ávidamente.

El joven corrió a su habitación, sin contestarle siquiera. Se puso el gorro de lana y el chaquetón y volvió al salón, atravesándolo rápidamente en dirección a la puerta.

—¿Adónde va? — preguntó Helena, desconcertada.

—No se mueva de casa—contestó Armin—. Regresaré a la noche.

* * *

El profesor Edgar Barrymaine era un hombre tan chapado a la antigua, que hasta tenía ama de llaves de carne y hueso, no un robot, como solía acontecer en las personas que podían permitirse un lujo semejante. Claro que el ama de llaves era un lujo todavía mayor, pero daba la circunstancia de que la buena mujer era pariente lejana y no tenía otra familia en el mundo, así que el domicilio del profesor era uno de los lugares más acogedores y bien cuidados de la ciudad.

Barrymaine era un sujeto de abundante melena blanca y expresión amable. Al ver a Armin, introducido en su despacho por el ama de llaves, le miró por encima de sus gafas.

— ¡Alumno Sendoval, cero en electroneurologia! — exclamó.

Armin avanzó riendo hacia el científico.

—De modo que me recuerda todavía, profesor. ¿Cómo se encuentra? — saludó.

—En este momento, viendo al alumno más desaplicado que jamás pisó mi clase — contestó Barrymaine—. ¿Qué haces ahora, Armin?

—La ciencia no me gustó nunca demasiado, profesor.

—Lo sé mejor que nadie. Diciendo la verdad, no perdiste nada con abandonar la carrera.

—Ahora soy investigador privado — declaró Armin—. Y estoy metido de lleno en un caso muy interesante. Le gustará oírme, es decir, si tiene treinta minutos de tiempo para perder conmigo.

—De acuerdo — concedió Barrymaine, en tono benevolente—. Pero perdamos ese tiempo delante de una taza de té. Voy a llamar a la señora Elm.

Sentados junto a la chimenea, tomaron el té. Armin le contó detalladamente todo lo que sabía, siendo escuchado por el profesor con suma atención.

—Pero no le garantizo que sea verdad — concluyó el joven—. Hablo por algunas cosas que he visto, y que muy bien podrían haber ocurrido sin la intervención del profesor Aksnem... quiero decir que, aun tratándose de muertes, parecen naturales y no el resultado de los hechos que tienen como protagonista a un hombre

que nació hace dos siglos. El resto proviene de los relatos que me ha hecho Helena Wann.

Barrymaine se reclinó en su butaca, con aire pensativo.

—Podría ocurrir, en efecto, que alguien hubiera conseguido ese traspaso de mentes... pero ¿entonces, por qué matar a su víctima?

— Supóngase que yo soy Aksnem y que deseo perderme de vista para todo el mundo. Busco a una persona cualquiera, a usted, por ejemplo. Hago el cambio de mente, es decir, yo me paso a su cuerpo y usted pasa al mío.

—Lástima — sonrió Barrymaine con excelente humor—, Nos separan treinta y siete años de diferencia. ¿Y qué más?

—Pues que, entonces, a. mi no me conviene que usted sepa que yo vivo ahora bajo la apariencia del profesor Barrymaine. En consecuencia, le doy muerte, fingiendo que ésta se ha producido por colapso cardíaco, a fin de evitar posibles investigaciones policiales. Usted sabe que hay medios para matar a una persona y hacer luego que su fallecimiento aparezca como debido a causas naturales.

—Eso es verdad — convino Barrymaine —. Pero ¿y qué pretendes de mí ahora?

—Según la señorita Wann, el potencial eléctrico del nuevo cerebro de Aksnem es muy grande; aumenta a cada traslado de mente que hace.

—Sí, parece una cosa lógica.

—Usted utiliza con frecuencia su electroencefalógrafo.

—Desde luego.

—¿Por qué no hacer que sea radioelectroencefalógrafo?

Hubo una pausa de silencio.

Armin espiaba cuidadosamente las reacciones del profesor.

—Quieres decir — murmuró Barrymaine al cabo — construir un aparato emisor de radio y conectarlo a un electroencefalógrafo.

—Algo así por el estilo. Emisor y receptor, no olvidemos que es preciso captar las emisiones del cerebro de Aksnem.

Barrymaine continuaba rumiando la sugerencia del joven.

—Pero no sabemos dónde está ahora ese individuo — objetó.

—Hay antenas direccionales.

—Es cierto — convino el científico—. Oye, ¿sabes que me has dado una idea interesante?

—Celebro haberle ayudado — dijo —. De todas formas, también me ayudo a mí mismo.

Barrymaine habló a media voz, como si estuviese solo.

—Los EEG… electroencefalogramas siguen obteniéndose como hace siglos — dijo—. Un casco en la cabeza del paciente, unos cables que lo unen a los aparatos de medición… pero si se pudiera hacer por ondas de radio, resultaría maravilloso.

—El primer telégrafo necesitaba hilos — apuntó Armin—. Después llegó lo que se dio en llamar TSH… telegrafía sin hilos; era la consecuencia lógica del primer aparato morse, como después de la primera máquina de vapor llegó la locomotora.

—Sí. — Barrymaine se puso en pie y empezó a pasear por el salón—. Sí — repitió—. Valdría la pena intentarlo.

Se volvió hacia el joven.

—Dando por cierto que ese hombre haya hecho al menos diez traslados de mente en ciento cincuenta años, el potencial eléctrico de su actual cerebro debe alcanzar cifras exorbitantes.

—Eso es lo que nos imaginamos nosotros — manifestó Armin.

—Muy bien — exclamó el profesor—. Dame una semana de plazo, dos, tal vez. Tengo que consultar con un amigo mío, que es constructor de electroencefalógrafos. Le pediré que me envíe a su mejor ingeniero y entre los dos discutiremos el plan.

—Pero no le diga que se trata de un hombre que vive cambiándose el cuerpo desde hace doscientos años — rogó el joven —, Háblele sólo de que se trata de un aparato para obtener EEG de cerebros excepcionalmente desarrollados, y, por tanto, de elevado potencial eléctrico.

—Conforme. Hablaré con el ingeniero que me envíen y estudiaremos las posibilidades de construcción del aparato. ¡Realizar un EEG a distancia, sin presencia física del enfermo! ¡Seria el invento más sensacional de los últimos tiempos!

—Armin se puso en pie, satisfecho del entusiasmo del profesor.

—Gracias — dijo—. Le dejaré mi dirección. Avíseme en cuanto tenga noticias, aun cuando no hayan construido el aparato. Bastará con que me diga que es posible su fabricación.

—Escribió una nota y la dejó sobre la mesa. Barrymame leyó el papel.

—¿Vives ahora aquí? — preguntó, asombrado.

—No — el joven se echó a reír—. Es que hace mucho frío y quiero emigrar por una semana o dos.

CAPÍTULO IX

Helena protestó casi airadamente cuando Armin le propuso ir a pasar una o dos semanas en Florida.

Armin se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera — contestó—. El tiempo es endiablado y no ganaremos nada quedándonos aquí. Hasta dentro de una o dos semanas, el profesor Barrymaine no podrá darnos una respuesta concreta en uno u otro sentido, así que, ¿por qué pasar frío?

Los argumentos del joven acabaron por convencer a Helena. Veinticuatro horas más tarde, estaban tomando el sol en la arena, de uno de los cayos más meridionales de la Florida.

—Si el profesor Barrymaine consiguiera dar cima a su invento... — suspiró ella.

—A mi idea, dirá mejor usted — corrigió Armin—. Fue a mí a quien se le ocurrió una cosa semejante.

—Lo mismo da — contestó Helena —. ¿Cree que tendrá éxito?

—Por lo menos, vale la pena probar. Además, sé que tendrá éxito y que atraparemos a Aksnem... ¿cómo se llamará ahora?

—Mide uno setenta de estatura y pesa setenta y cinco kilos.

—Y, seguramente, tendrá el pelo castaño y los ojos de color marrón. Un Juan Smith cualquiera, vamos. ¡Hombre! — exclamó de pronto el joven, sentándose en la arena.

—¿Qué pasa ahora? — preguntó la muchacha, sentándose también.

—Veo por ahí a un amigo tomando el sol... ¡Eh, Audie!

El ladrón se hallaba a unos metros de distancia. Al oír su nombre, se volvió.

Sonrió forzadamente.

—¿Qué tal, fisgón?

—Acércate, Audie — dijo Armin —. No tengas miedo, no mordemos.

«El Tenacillas» se sentó junto a la pareja, evitando mirar a la muchacha. Armin captó el detalle y se echó a reír.

—No temas — contestó—. No está enojada contigo, sino admirada por la limpieza con que le robaste el collar. ¿No es cierto, Helena?

—Así es — sonrió la muchacha.

—¿Se han casado? — preguntó «El Tenacillas».

—¡No! —contestó Helena, con tanta premura, que Armin no pudo contener una carcajada.

—Seguimos siendo cliente y empleado — dijo—. ¿Qué haces tú aquí, Audie?

El ladrón se encogió de hombros.

—¡Psé! Disfrutar unos días de la buena vida.

—Consumiendo los «decapavos» que te pagó la señorita Wann, ¿eh?

—¿Y qué quiere que haga uno? — contestó el ladrón—. Hay que aprovecharse, ¿no?

—Oye — dijo Armin de pronto—, ¿te acuerdas de aquella casa que me «soplaste»?

—Sí. Bueno, yo no estuve en ella, pero la recuerdo perfectamente. ¿Qué pasa?

—El dueño, aquel que persiguió a tu amigo escopeta en mano, apareció muerto cuando llegamos nosotros. El corazón.

«El Tenacillas» estudió críticamente la brasa de su cigarrillo. Luego, decidiendo que ya lo había usado bastante, acabó por echarlo a las olas.

—Pobre hombre — comentó—. ¿Y qué más?

—Bien, la casa apareció saqueada. Quizá te gustaría ganarte otro medio millar de «decapavos».

—Hombre — contestó el ladrón —, yo no sé nada, pero quizá mi amigo Jerry Scarp pueda decirles algo. Jerry es el que corrió delante de la escopeta, ¿sabe?

—Dame su dirección — pidió Armin—. De momento, te has ganado ya cincuenta «decapavos». Si conseguimos algo positivo...

—Me conformo con los cincuenta. Jerry está aquí... —«El Tenacillas» miró en todas direcciones—. Hace unos momentos estaba con una rubia imponente... ¡Vaya, lo plantó!—rió Jonesmith con fuerza—. ¡Jerry! ¡Ven acá; quiero presentarte a unos amigos!

Un hombre se acercó al trío, caminando con aire renuente. Era todavía joven, unos treinta y cinco años, de pelo oscuro, sin llegar a negro, y ojos de color marrón claro, casi ambarinos. Tenía buena estatura y parecía bastante fuerte.

—Hola — saludó desganadamente.

«El Tenacillas» hizo las presentaciones. Armin llamó a un

camarero que pasaba y le encargó cuatro refrescos.

—Jerry — dijo «El Tenacillas»—, aquí, mi amigo, el fisgón, desea saber lo que te pasó aquel día en la casa de campo de los olmos.

—¿Qué demonios quieres que te diga más de lo que sabes? — contestó Jerry, cuya sociabilidad parecía dudosa—. El tío sacó una escopeta que parecía un obús. Yo saqué las alas y… bueno, tiempo perdido.

Jonesmith miró a Armin.

—Ya lo ve usted — dijo—. No puede añadir más.

—¿Está seguro de que vivía cuando usted llegó a la casa, Jerry? —preguntó el joven.

—¡Diablos! ¡Yo no creo en fantasmas, detective!

Armin y la muchacha se miraron. No parecía aquélla una pista que pudiera facilitarles demasiado las cosas.

—El tipo murió de un ataque al corazón — habló el joven a poco.

—En todo caso, yo no le di el susto — contestó Scarp.

—Debió ocurrir al día siguiente. ¿No se le ocurre a usted quién de sus amigos pueda haber ido a merodear por aquella casa?

—Si lo supiera, no lo diría. — Scarp volvió la cara y lanzó un escupitajo—. No soy un soplón.

—¿Honor entre ladrones? — comentó Helena con sarcasmo en su voz.

Los ojos de Scarp chispearon.

—Oye, chica…

—Calma — terció el detective—. Por supuesto, Jerry, sabemos que no eres un soplón. Aunque también cabe la posibilidad de que, en lugar de estar aquí dos semanas, como parece piensas estar, podrías prolongar tus vacaciones al doble, al triple… a lo que quieras. Todo pagado y «pasta» en abundancia para conquistar a las chicas. Estamos en el «Aquastar». Ven a vernos si has cambiado de opinión, ¿eh?

El camarero trajo los refrescos en aquel momento. Armin se puso en pie y empezó a recoger las cosas.

—Podéis tomaros los nuestros — dijo—. ¿Vamos, Helena?

Regresaron al hotel. El viento movía suavemente las hojas de las palmeras y el mar parecía más azul que nunca.

—¿Qué nueva idea se le ha ocurrido? — preguntó la muchacha cuando se hallaron a la suficiente distancia para no temer ser escuchados por los ladrones.

—Es posible que «El Tenacillas» se sienta inclinado a la elocuencia. En tal caso, convencería a su amigo para que dijese todo lo que sabe... si es que sabe algo, claro.

—No acabo de comprenderle bien — alegó Helena—. Supongamos que encuentra usted al merodeador que, según las versiones oficiales, saqueó la casa de los olmos.

—Entonces, tendríamos al profesor Aksnem.

Helena calló un momento, mientras se esforzaba por captar el significado de las palabras que acababa de escuchar.

—¿Supone usted que... que Aksnem ocupa ahora el cuerpo de un ladronzuelo? — exclamó, al cabo.

—¿No le parece el mejor escondite que podríamos imaginar? — respondió él con otra pregunta—. A nadie se le ocurriría buscarle en el cuerpo de un tipo como «El Tenacillas» o el de Jerry Scarp.

—Salvo la policía — adujo ella.

—¿Y qué? Si es cierto lo que usted dice, para un sujeto como Aksnem, pasarse unos años en la cárcel, suponiendo que le atrapasen después de un robo, resultaría una experiencia inapreciable. Y, en sus circunstancias, es un hombre al que el paso del tiempo no le importa en absoluto.

—Eso es verdad — concordó Helena, meditabunda.

—Como a usted. Tampoco le importa el paso de los años, ¿no es cierto?

Entraron en el hotel. Helena se volvió para mirarle.

—Se equivoca, Armin. Sobre ese tema tengo la misma preocupación que cualquier mujer de mi edad.

—¿De qué edad? De la de veinticinco o de la de ciento setenta y cuatro años?

—De la primera, aunque tengo la citada en segundo lugar.

—No entiendo.

—Pues está bien claro. Yo nací hace ciento setenta y cuatro años, pero mi organismo es el de una mujer de veinticinco años.

—¿Cómo ha podido lograrlo?

Ya estaban en la puerta de la habitación de la muchacha. Ella se volvió hacia él y sonrió:

—Se lo explicaré algún día, Armin.

—¿Cuándo?

—Cuando posea usted la suficiente fe en mí para creer en todo lo que ahora no le parece sino un embuste colosal. ¡Hasta luego!

Y le dio con la puerta en las narices, antes de que él tuviese tiempo de reaccionar.

* * *

La luna hacía brillar el mar. A través de la ventana abierta, penetraban efluvios de sales marinas y el rumor de las olas que rompían suavemente contra las playas. Armin dormía apaciblemente.

La habitación de la muchacha era contigua a la suya. De pronto, un agudo grito rompió la calma de la noche.

— ¡Armin! ¡Socorro! ¡Quieren robarme!

El joven se despertó en el acto. Sin otra vestimenta que el pijama, descalzo, se precipitó a la veranda corrida que se extendía por la fachada.

Una sombra apareció en aquel instante en la balconada. Ésta se hallaba situada a la altura de un primer piso y el ladrón se descolgó rápidamente, sin dar tiempo a Armin a apresarle. Una vez en el suelo, echó a correr y se fundió en seguida con las sombras proyectadas por las palmeras que rodeaban el edificio.

Armin entró en la habitación de la muchacha.

Helena había saltado de la cama y estaba poniéndose la bata.

—¿Qué ha pasado? — preguntó.

—Ese hombre — contestó ella, todavía muy pálida—. Ni siquiera sé cómo pude verle...

Sonaron unos golpes en la puerta. Armin la abrió.

Era el conserje nocturno del hotel, junto con algunos huéspedes.

—Se trata de un intento de robo — explicó el joven—. El ladrón ha conseguido escapar.

El conserje dijo que denunciaría el caso a la policía. No podía consentir que la buena fama del hotel quedase empañada, etcétera, etc. Armin le escuchó atentamente y luego terminó por despedirle.

—¿Reconoció al ladrón? — preguntó a la muchacha.

—Sí. Era el amigo de «El Tenacillas».

—Mire a ver si le falta algo — aconsejó él —. Mientras tanto, voy a ponerme la bata.

Armin regresó en seguida. La muchacha le informó que la caja de sus joyas había sido abierta, pero que no faltaba ninguna.

—No tuvo tiempo — dijo—. Debió de hacer un poco de ruido y me desperté. Estaba ahí, junto a la mesilla... muy cerca de la cama.

Encendí la luz y le vi la cara. Entonces grité, él se asustó y...

—Sus joyas llaman mucho la atención—comentó Armin, examinando el collar de perlas que ya le había sido robado una vez —. Es posible que «El Tenacillas» lo comentase con su amigo y que éste sintiera la tentación de hacer lo que el otro no pudo conseguir.

—Tal vez —admitió ella, echándose hacia atrás un mechón de cabellos —. De todas formas, me llevé un susto muy grande. En el primer momento, creí que trataba de asesinarme.

—Esos tipos no cometen ningún asesinato — dijo Armin—. Saben que arriesgan el pellejo y prefieren, en el peor de los casos, salir adelante con unos cuantos años de cárcel. De todas formas, mañana hablaré con «El Tenacillas».

Audie Jonesmith negó rotundamente haber suministrado a su amigo la menor idea para robar a la chica.

—Ustedes me han caído simpáticos — declaró.

—¡Hum!—dijo Armin, que no se fiaba de las manifestaciones del ladrón.

—¿Dónde está Jerry? — preguntó Helena.

—Se las ha «pirado». Después del fracaso de anoche, no se iba a quedar aquí, digo yo — contestó el hampón—. Aunque, o usted tiene el sueño muy ligero, señorita Wann, o Jerry se ha vuelto muy torpe en estos últimos tiempos. Antes era capaz de quitarle a una mosca la tarta que tenía debajo, sin que la mosca se enterase siquiera. No lo comprendo, no lo comprendo — meneó la cabeza con gesto pensativo.

—A veces, hasta el más listo comete un error, Audie — dijo Armin en tono filosófico.

—Si, tal vez, claro.

—Bueno, cuando le veas, a pesar de todo, dile que la recompensa sigue en pie. Adiós, «Tenacillas».

—Adiós.

Cuatro días más tarde del incidente cuando la impaciencia empezaba a devorar ya a Helena, Armin recibió un telegrama del profesor Barrymaine:

> Ingeniero Stallion estima que proyecto radioelectroencefalágrafo es

viable Stop Facilitaré más detalles cuando venga a verme Stop Barrymaine. Fin del mensaje

CAPÍTULO X

El profesor Barrymaine recibió a la pareja haciendo ostentación de un humor de todos los demonios.

—¿Qué es lo que te has creído, Armin? — gritó, apenas le vio asomar por la puerta de su despacho —. ¿Cómo te has atrevido a poner en entredicho mi fama y mi seriedad profesionales? Te decía en el telegrama que el ingeniero Stallion consideraba viable el proyecto, no que estábamos terminando de construir el aparato. ¡Mira, mira lo que dicen los periódicos de mí!

Barrymaine agarró un montón de periódicos que tenía sobre su mesa y los blandió con gesto colérico.

—¡Maldita sea la hora en que te hice caso! — tronó—. ¿Qué sucederá ahora si fracasamos?

Armin no se inmutó siquiera. Tomó los periódicos tranquilamente, al mismo tiempo que hacía las presentaciones:

—Profesor, la señorita Wann. Helena, el profesor Barrymaine. ¡Caramba, sí que han armado ruido estos periodistas! — exclamó.

Los titulares eran realmente escandalosos:

¡Descubrimiento sensacional!
¡Un paso de gigante en la neurología!
¡El radioelectroencefalograma será una realidad en un brevísimo plazo!

Seguía una serie de artículos, a cual más sensacionalistas y estruendosos sobre el tema. Armin había sabido gastarse bien el dinero que Helena le había proporcionado.

Barrymaine le miró fijamente, conteniendo su cólera con gran dificultad.

—¿Y bien? ¿Qué explicación me da usted a esta sarta de mentiras, caballerete?

—De momento, una sola, profesor.

—Habla, te escucho... con el pie en el disparadero. Si no estuviese aquí esta chica tan linda, ya te habría echado a puntapiés de mi casa. ¿Qué papel pinta ella aquí?

—Helena Wann es la que me contó todo lo relativo al profesor

Aksnem. Por lo tanto, he juzgado que era lógico traerla conmigo.

—¿Para escuchar mis ex abruptos?

—Y para alojarse en su casa. Como yo, profesor.

La expresión del científico se tornó recelosa.

—No te entiendo — dijo.

—Es muy sencillo. Aksnem vendrá aquí a destruir su aparato... el que no ha inventado todavía.

Los ojos de Barrymaine brillaron.

—Ahora comprendo — dijo —. Es una trampa.

—Justamente, profesor. Lamento haber tenido que echar mano de su prestigio, pero era la única solución que se me ocurría para atrapar a ese escurridizo Aksnem.

—¿Crees que vendrá aquí? — preguntó Barrymaine.

—Tiene que hacerlo. No puede permitir que se le localice. Destruirá el aparato... y tratará de matarle a usted.

El profesor respingó.

—¡Demonios! ¡Eso que dices es muy fuerte!

—Pero verídico, profesor.

—Está bien. Tengo por ahí un viejo revólver, que todavía funciona. En el momento en que lo vea asomar la nariz, dispararé y...

—Tírele a las piernas. Nos interesa vivo.

—Es verdad. Será interesante examinar la mente de un tipo como Aksnem. — Barrymaine apoyó la barbilla en una de sus manos —. Hay drogas que le sumirán en un estado hipnótico. Entonces, yo le hablaré... sus EEG resultarán interesantísimos.

—Ésa es otra de las razones por las cuales he organizado este sensacional barullo en la prensa — sonrió el joven—. Además, usted y Stallion terminarán por construir el REEG, no me cabe la menor duda.

—Lo que me gustaría es examinar los aparatos mediante los cuales Aksnem hace el traslado de mente a otro cuerpo — dijo Barrymaine, con claro acento de envidia.

—Cuando le tenga en sus manos y sometido a la acción de una buena dosis de pentotal sódico, entonces podrá conocer el lugar exacto donde guarda tales instrumentos. Y ahora, profesor, ¿qué tal si su excelente ama de llaves nos ofreciera una taza de té?

— Ahora mismo llamaré para que lo prepare — sonrió el

científico, algo más calmado.

* * *

A la hora del desayuno, sólo se veían caras largas.

—No vino — dijo Barrymame, decepcionado.

—Tampoco esperaba que llegase anoche mismo — contestó Armin —. Puede que tarde aún varios días. Pero llegará, estoy seguro. — Bostezó, reprimiéndose en seguida—. Estoy que me caigo de sueño; no he pegado un ojo en toda la noche.

Se puso en pie.

—Además, tendrá que estudiar el terreno antes de atacar — añadió.

—¿Una exploración preliminar? — sugirió Barrymaine.

—Exactamente. Hasta luego.

La noche siguiente transcurrió también sin la menor incidencia. A la mañana siguiente, Helena expresó su desconfianza en el plan urdido por el joven.

—Bien, si no pica con este cebo, no me imagino cómo hacerle caer de otra manera. ¿Cómo se las arreglaba Fatzoda para localizarle?

—Hasta que pudo construir el aparato que Aksnem consiguió destruir, a base de paciencia.

—Años y años de tenaz persecución, ¿eh?

—Sí.

—Lo cual significa que Fatzoda también cambiaba su mente a otro cuerpo cuando lo estimaba necesario. De otro modo, no habría podido vivir tanto tiempo.

—Así es — reconoció.

—En cuyo caso, Fatzoda se había puesto al mismo nivel del hombre a quien perseguía.

—Oh, no, la cosa era muy diferente — alegó Helena.

—¿Por qué? ¿Qué suerte corrieron las dos personas cuyo cuerpo tomó Fatzoda?

—Lo hicieron voluntariamente en ambas ocasiones. Por supuesto, mediante una elevada recompensa y persuadidos de la justicia de los actos de Fatzoda. Ninguno de aquellos dos hombres fue forzado a adoptar otro cuerpo y luego asesinado, como hizo y hace Aksnem.

—¿Y usted? — preguntó él—. ¿Tampoco ése es su cuerpo auténtico?

—Sí, el mío sí, pero...

—Ya sé, no continúe; me lo dirá otro rato. — Armin meneó la cabeza—. Si su cuerpo es el mismo que tenía hace siglo y medio, no cabe la menor duda de que está maravillosamente conservado — agregó en tono admirativo—. ¿Estuvo enlatada todo ese tiempo?

Helena se puso encarnada hasta las orejas. Armin intuyó que había dicho algo que se acercaba mucho a la verdad.

—¿En un bote de conservas? — insistió.

—Ya lo sabrá más adelante — eludió ella una respuesta concreta, a la vez que abandonaba la habitación.

—Adiós, tata—tatarabuela — rió Armin de buen humor.

Pasó otra noche en blanco. También él empezó a desconfiar del éxito de su idea.

El laboratorio y el cuarto de trabajo del profesor Barrymaine se hallaban en un ala del edificio. Aunque tenían acceso desde éste, también podía llegarse a ellos por una puerta exterior, que daba al jardín y de aquí a la verja que cerraba la tapia. Barrymaine vivía en plena campiña desde que se retirase de la enseñanza activa algunos años antes, aunque continuaba con sus trabajos de investigación en la rama de la ciencia médica en que se había especializado.

Para vigilar por las noches, Armin, provisto de su pistola de gas anestésico, se había instalado en un rincón discreto, desde donde dominaba la entrada al laboratorio. No había en éste más que una sola lámpara, que dejaba la estancia sumida en la penumbra. En el rincón en que él vigilaba, la oscuridad era casi completa. Vestido con ropas negras, apenas si resultaba visible.

A la mía de la madrugada, sintió que se abría la puerta del laboratorio. Una forma oscura se dibujó en el vano.

Armin tensó todos sus músculos, a la vez que levantaba la mano armada. Pero relajó su tensión casi en el acto, cuando percibió la voz de la muchacha:

—¡Armin, Armin!

—Estoy aquí — contestó él —. Y no grite, por favor.

Helena se acercó al rincón.

—No tenía sueño — se justificó.

—Le cambio el puesto — rezongó él—. Yo estoy que me

derrumbo.

—¿Por qué no se va a dormir? Yo puedo vigilar tan bien como usted. Y disparar una pistola anestésica no es tan difícil.

—Desde luego. Pero puede ocurrir que falle. Entonces, deberá enfrentarse con un hombre decidido a todo, y joven y fuerte, a juzgar por lo que sabemos. No, prefiero aguantarme el sueño… aunque agradeceré su compañía un rato.

—Es usted muy amable — contestó ella con ironía—. ¿No le asusta hallarse junto a una mujer que puede ser su tata—tatarabuela?

—Ojalá todas mis «antepasadas» fueran como usted —rió Armin —. ¿Pasaría algo malo si nos casáramos usted y yo?

—No, supongo que yo… ¡Eh! ¿Quién le ha dicho que nos vamos a casar?

—Nadie. Sólo me he limitado a sugerir una posibilidad. No sé si realmente tiene los ciento setenta y cuatro años que asegura tener, pero como, en estos casos, yo me guio por lo que veo, pienso que tanto usted como yo estamos en las adecuadas condiciones para convertirnos en marido y mujer.

—¿Debo entender sus palabras como una declaración amorosa? — preguntó ella.

—Primero, debo estudiar mis propios sentimientos; reposar y sedimentar el estado de mi espíritu; reflexionar sobre la firmeza de mi posible amor hacia usted…

—Total, que está necesitando un psicoanalista. Y no se exprese de una manera tan cursi. Está enamorado de mí.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó él, sonriendo.

—Porque, de lo contrario, no me habría ayudado en una empresa que, juzgada con objetividad, aparenta ser tremendamente descabellada.

—Tal vez — admitió él—. Aunque no olvidemos tampoco que soy su empleado. Y el sirviente no discute nunca al amo o, diciéndolo de otra manera menos hiriente, el cliente siempre tiene razón.

—De modo que admite que está enamorado de mí sólo porque yo lo digo — exclamó ella, picada.

—¿Acaso le gustaría que se lo expresara de otra forma? — Armin dejó la pistola sobre el asiento del sillón y se acercó a la

muchacha—. Sugiérame una manera efectiva de declararle mi amor.

—No lo sé. Carezco de experiencia sobre el particular... experiencia masculina, se entiende. Usted debe tener mucha, sobre todo, en escapar de los maridos celosos.

—Esas son invenciones de mi envidioso amigo el policía — replicó Armin, acercándose más a Helena—. ¿De veras no tiene usted experiencia?

—La que se puede adquirir en siglo y medio de vivir enlatada — sonrió ella.

—Entonces — las manos de Armin se enlazaron por detrás del talle de Helena—, tal vez yo pueda suplir esa falta de conocimientos amorosos, ¿no le parece?

Helena sonrió suavemente, a la vez que le miraba a ojos. Armin acentuó la presión de sus brazos y se inclinó hacia ella. Cuando sus labios ya se rozaban, sonó un leve chasquido.

Armin soltó a Helena en el acto. Se volvió con sorprendente rapidez y recogió la pistola. Tiró de la mano de la muchacha y se guarecieron en la penumbra del rincón.

La puerta se abrió despacio. Una cabeza humana asomó por la rendija.

Armin levantó la pistola. La puerta terminó de abrirse.

El hombre tanteó con la mano en busca del interruptor de la luz. Al conseguirlo, la penumbra se convirtió en deslumbradora claridad.

— ¡Hola, profesor Aksnem! — sonrió el joven, avanzando hacia el intruso.

Da repente, el intruso sacó algo de su bolsillo. Sonó un fuerte estampido y Armin sintió en el hombro derecho un tremendo golpe.

Helena chilló. El instinto, sin embargo, le dijo que debía lanzarse al suelo. Lo hizo justo un segundo antes de que sonase el segundo disparo.

Aksnem temió que el ruido de los disparos alarmase a más gente y escapó a la carrera, antes de que pudiera realizarse el menor esfuerzo para detenerlo.

CAPÍTULO XI

El propio Barrymaine efectuó la primera cura.

—Tendrás para dos semanas de cama — diagnosticó.

—Me levantaré antes — declaró el joven, furioso.

—No será preciso. La policía está buscando ya al ladrón.

Armin miró a Helena, que era quien acababa de hablar.

—Somos un par de... Bueno — rezongó de mala, gana—, soy un solemne idiota, un imbécil elevado a la quinta potencia. ¡Tener a Aksnem en nuestras manos y habérnoslo dejado escapar!

—A tiros, cualquiera consigue huir — dijo Barrymaine.

—No me refiero a los disparos que hizo anoche —gruñó el joven —, sino cuando estábamos en aquel cayo de Florida. Debí haber supuesto que Aksnem no podía ser otro que Jerry Scarp.

—Pero, en tal caso, ¿por qué facilitó a «El Tenacillas» la información de la casa en que residía? —quiso saber Helena.

—Sencillamente, porque sabía que encontraríamos allí el cuerpo del hombre llamado Aksnem. Lo de la escopeta fue un invento suyo. También cambió la fecha. Ciertamente, Jerry Scarp fue allí con intención de robar, pero se encontró con Aksnem y éste pensó que la ocasión le venía pintiparada para cambiar de cuerpo. Por algo se quejaba «El Tenacillas» del poco cuidado que habla tenido cuando entró en tu habitación del «Aquastar», con intención de matarte.

—De robarme — dijo Helena.

—No. Quería matarte. Pero, aunque su mente es la de Aksnem, o la del hombre que nació hace ciento noventa y siete años, su cuerpo es el de Jerry Scarp. Según lo que he podido apreciar, se necesita algún tiempo antes de que la mente de Aksnem y su nuevo cuerpo estén debidamente compenetrados, para que las órdenes cerebrales a los músculos se ejecuten con la debida coordinación. Además, no sé por qué, me parece que, a pesar de todo, cada cuerpo debe influir, de una manera más o menos indirecta y aunque sólo sea muy levemente, en el cerebro de Aksnem.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Barrymaine.

—El verdadero Jerry Scarp no habría tocado una pistola por todo el oro del mundo. Aksnem lo hizo. La falta de coordinación entre cerebro y músculo es patente.

—Pero eso no nos resuelve nada — dijo la muchacha, descorazonada—. Aksnem ha desaparecido por segunda vez.

—Volverá — afirmó Barrymaine.

—No — contradijo Armin—. Teme ser descubierto. Lo que es muy posible que haga ahora, sea dedicarse a buscar una contraarma.

—¿Contraarma? — exclamó Helena, atónita.

—Sí. Sabe que nosotros tenemos, vamos a tener, mejor dicho, un REEG, capaz de localizarle donde quiera que esté. Lo más seguro es que se ponga a trabajar ahora en mi aparato que pueda neutralizar las emisiones del que está construyendo el ingeniero

—Entonces, debemos darnos prisa a terminarlo, antes de que sea demasiado tarde — dijo Helena, angustiada.

Barrymaine movió la cabeza.

—Hablaré enseguida con Stallion para encarecerle la urgencia de contar cuanto antes con el REEG.

En aquel momento se abrió la puerta y entró la señora Elm.

—El teniente Coogan está fuera, profesor — anunció.

—Dígale que pase—pidió el joven con un gesto vehemente.

Coogan llegó unos segundos después. Después de los primeros saludos, dijo:

—Me informaron de que te habían pegado un tiro. Aunque no pertenece a mi demarcación, he creído que no te disgustaría mi ayuda.

—Gracias, Ben — contestó Armin —. La ayuda que puedes prestarme, en efecto, es muy sustancial. Necesito que me encuentres a «El Tenacillas» y me lo traigas aquí cuanto antes.

—¡Pero el que disparó fue Jerry Scarp! — alegó Helena

—Lo sé. Sin embargo—manifestó el joven—, si hay alguien que pueda ponernos sobre la pista de Scarp es precisamente ese sujeto. ¿Te encargarás de ello, Ben?

—Lo haré en tu obsequio — prometió el policía.

Habló unos minutos más con los presentes, inquiriendo detalles del suceso, y luego, se marchó.

Ninguno, sin embargo, quiso decirle la verdad. Muy pocos habrían creído que el cuerpo de Jerry Scarp estaba gobernado ahora por una mente que no era la suya.

—Profesor — dijo Armin—, cuando Coogan nos traiga a «El Tenacillas», aplíquele en el acto una buena dosis de pentotal. De este modo, no podrá ocultarnos la verdad.

—Es una buena idea — convino Barrymaine.

Helena entregó al joven un vaso pequeño, mediado de líquido.

—Y ahora, basta de actividad. A descansar; te está haciendo mucha falta.

Armin miró a Barrymaine.

—¿Qué le parece, profesor? Todavía no nos hemos casado y ya me está dando órdenes.

—Como tú muy bien acabas de decir — sonrió Helena—, todavía no nos hemos casado. Bébete el sedante.

Pocos momentos más tarde, Armin dormía profundamente.

* * *

Ben Coogan y Audie Jonesmith tardaron tres días en aparecer.

—Me ha costado mucho dar con él — se quejó el policía, quien traía al ladrón prácticamente agarrado por las orejas—. Debía de estar planeando un buen golpe; siempre hace la del galápago en tales ocasiones.

—Yo creía que sólo se escondía después del golpe — sonrió Armin, el cual, venciendo la resistencia del profesor Barrymaine, había conseguido abandonar la cama y ocupar un sillón en el salón principal —. Te necesitamos, Audie.

—¿Para qué? — preguntó el ladrón con hosquedad.

—Quieres ganarte mil «decapavos»? Quinientos ahora. en el acto; y los quinientos restantes cuando hayas terminado...

—¿Terminar, qué? — preguntó «El Tenacillas» con evidente recelo.

—Te lo diremos más adelante—contestó el joven—. Helena, por favor, dale los primeros quinientos.

La muchacha entregó a Jonesmith la cantidad mencionada. «El Tenacillas» contó el dinero y luego se lo guardó en el bolsillo.

—Está bien. Adelante. ¿De qué se trata?

—Quítate el abrigo y la chaqueta y súbete la manga de la camisa. El profesor Barrymaine va a ponerte una inyección.

En efecto, el científico estaba preparando ya la jeringuilla y la aguja.

—¿Qué me van a hacer? — preguntó el ladrón con gesto aprensivo.

—Dormirás diez o quince minutos — explicó Armin—. Te haremos unas cuantas preguntas...

—Si estoy dormido, ¿cómo cuernos voy a contestarles?— rezongó el ladrón.

—No te preocupes, Audie. Vamos, arremángate. El teniente Coogan está delante, ¿no?

—Sí, pero ya me advirtió que esto no es oficial...

—Si lo fuese, estarías en la comisaria y no aquí — le atajó el joven con energía—. Vamos, deja ya de quejarte; por mil «decapavos» tenemos derecho a ponerte mil inyecciones.

Al fin, Barrymaine consiguió colocar la inyección. A los pocos

minutos, «El Tenacillas» parecía sumido en trance.

—Dime tu nombre—preguntó el joven, cuando Barrymaine le dijo que ya podía hablar.

—Audie Jonesmith — contestó el ladrón con voz opaca.

—¿Seguro?

—¡Diablos! ¿Es que no lo voy a saber yo mismo, que soy el propietario?

Armin miró en torno suyo con una sonrisa de satisfacción en los labios. La droga, actuando sobre el subconsciente, impedía que «El Tenacillas» contestase con una mentira.

—¿Dónde está Jerry Scarp? — continuó Armin.

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo hace que no le has visto?

—Desde que fracasó en aquel golpe del hotel «Aquastar».

—¿Crees que podrías encontrarlo?

—Tal vez, no es seguro.

—Conoces a algún amigo que pueda decirte dónde está el tipo?

—Creo que sí. Tendré que indagarlo.

—¿Cuánto tardarás?

—Una semana, acaso más; no puedo fijar un plazo

Armin se sintió decepcionado. Miró al profesor.

— ¿Cuándo dijo Stallion que tendría listo su aparato

—Dos semanas — contestó Barrymaine.

Armin torció el gesto.

—Tendrá que decirle que suprima totalmente sus horas de sueño. Si Jerry Scarp se nos adelanta con su neutralizador de emisiones, no podremos localizarlo jamás. Sabe que nosotros conocemos su actual identidad y tratará de deshacerse de ella a toda costa, pero, al mismo tiempo, sabe también que el potencial eléctrico de su cerebro aumenta a cada cambio de mente. Por lo tanto, ha de llegar un momento en que su neutralizador no le sirva, con lo que lo más fácil es que, una vez se haya deshecho del cuerpo de Jerry Scarp, trate de llegar hasta nosotros bajo otra identidad. ¿Me ha comprendido usted?

Barrymaine asintió. Armin se enfrentó de nuevo con el ladrón.

—Escucha, Audie; es muy importante que encontremos a Jerry Scarp. Te daremos, además, una suma para gastos. Empléala sin tasa; paga a tus amigos, pero averigua de inmediato dónde está

Jerry. Vivo o muerto, ¿me has comprendido?

—Sí. Haré todo lo que pueda — prometió el ladrón.

Armin hizo una seña. Barrymaine puso una segunda inyección de un estimulante que anuló los efectos del pentotal. Poco después, «El Tenacillas» abría los ojos.

—¿Qué he dicho? —preguntó, un tanto aturdido todavía.

Las órdenes emitidas por el joven estaban grabadas por su subconsciente. Sin embargo, volvió a repetírselas, añadiendo, además, otro fajo de billetes.

—Te daremos los quinientos «decapavos» cuando nos hayas indicado el domicilio de Jerry Scarp. Y no te lo dejes escapar por nada del mundo, ¿comprendes?

Jonesmith acarició codiciosamente los billetes.

—Esto es más fácil y menos comprometido que «afanar» collares — dijo, mirando a Helena con intención—. Descuide, polizonte, en menos de una semana, le pondré a Jerry en el «bote».

«El Tenacillas» se marchó. Coogan quiso hacer todavía algunas preguntas.

—No sé por qué no habéis de confiar en nosotros, los policías — dijo en tono quejumbroso.

—Ésta no es misión para un policía. Jerry Scarp no es tal, sino el profesor Aksnem, por muy raro que te parezca, Ben—contestó el joven—. Y, a su vez, Aksnem no era otro que Angus McMeen y así... Helena, ¿cuál era el primitivo nombre de Scarp hace ciento cincuenta años?

—Harry Grays — contestó la muchacha—. Después, se llamó Bradford Coilian, Pedro López y López...

—Yo también he conocido a tipos que usaban los nombres por docenas —refunfuñó el policía.

—Pero ninguno nacido hace dos siglos — declaró

Coogan miró con suspicacia a las tres personas que estiban, con él en la habitación. Luego, encasquetándose el sombrero, dijo:

—Tengo trabajo, y cuando uno tiene trabajo, las ganas de bromas brillan por su ausencia. ¡Hasta la vista!

El policía abandonó el salón. Barrymaine dijo que iba a trabajar un rato en su despacho, después de hablar con Stallion.

Armin y Helena quedaron solos.

—¿Crees que tendremos suerte? — preguntó ella, al cabo de mi

momento de silencio.

—Espero que sí — dijo Armin, mirando pensativamente los troncos que ardían en la chimenea—. Dime, cómo mató Harry Grays a tu padre?

El busto de la muchacha se agitó con fuerza durante unos segundos.

—Todavía me parece estar viéndolo — contestó con voz alterada.

—Es lógico—dijo Armin—, teniendo en cuenta que, de los ciento setenta y cuatro años con que cuentas, has pasado enlatada ciento cuarenta y nueve, ¿no es cierto? Por lo tanto, debe parecerte que hace muy poco tiempo que Grays, hoy Scarp, cometió el crimen.

—Así es. Desperté, te dije, hace unos tres meses, poco antes de lo, conferencia en que Fatzoda intentó desenmascarar a Aksnem.

—Despertaste — murmuró él—. Eso significa dormir. ¿Hibernación?

Helena movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Sí. He permanecido en hibernación durante ese siglo y medio, hasta que Fatzoda me despertó, porque, al haber descubierto ya el medio de localizar infaliblemente a Harry Grays, entonces bajo la apariencia de Aksnem, era preciso castigar sus crímenes.

CAPÍTULO XII

— Mi padre fue el verdadero inventor del aparato que cambia las mentes de cuerpos — explicó la muchacha—. Harry Grays y Fatzoda eran sus ayudantes principales.

»Fatzoda, no importa ahora su nombre primitivo, se oponía a la construcción del aparato, pero, como es natural, no se le ocurrió emplear la violencia. Sin dejar de colaborar con mi padre, él encaminaba sus investigaciones hacia otra rama científica: la hibernación. Había conseguido ya resultados muy notables... yo soy uno de ellos, como puedes apreciar.

»La máquina quedó construida al fin. El objeto de la misma, según mi padre, era preservar durante mucho tiempo las mentes más preclaras de la humanidad. Era un utópico, es preciso reconocerlo, pero lo hacía guiado por la mejor de las intenciones. Sin embargo, ¿cómo asegurar que, con el tiempo, la mente esclarecida que él quería preservar no podría torcerse? Así ha sucedido con Grays, como has tenido ocasión de comprobar. Pero él no creía que pudiera producirse tal circunstancia; pensaba en la bondad de los sujetos elegidos y creía que no cometerían jamás un hecho deshonesto; antes al contrario, al correr de los años, en cuerpos distintos, depurarían su espíritu de un modo total, casi absoluto, y contribuirían de modo prodigioso a mejorar la suerte de la humanidad.

»Ahora bien, el problema estribaba en la persona que debía avenirse a ceder su cuerpo, cambiando su mente con la de mi padre o la de cualquier otro elegido. No se podía pedir de un modo obligatorio, no se podía forzar a nadie a que cometiera un acto contrario a sus convicciones. Pero había, y hay personas, a las que el cambio de mente a otro cuerpo podría beneficiar de forma considerable.

»Tu amigo, "El Tenacillas", es un ejemplo de lo que te digo. Es un sujeto que no tiene enmienda. Seguirá robando hasta que se muera de viejo. Suponte que trasladas tu mente a su cuerpo y que la de «El Tenacillas» pasa a tu cuerpo. Estos cambios implican siempre una variación en la idiosincrasia particular del individuo afectado por los mismos. Es muy posible que Audie, al verse dentro de tu cuerpo, abandonase sus malos hábitos y, al mismo tiempo, tú

podrías evitar, en su cuerpo, que hubiese un delincuente más. Podría ponerte más ejemplos, pero con éste creo que es más que suficiente. ¿Me has comprendido?

Armin asintió gravemente.

—Hasta cierto punto, tan sólo — dijo.

Helena enarcó las cejas.

—¿Por qué? — inquirió—. ¿Es que los motivos de mi padre no te parecen nobles?

—Solo hasta cierto punto, repito — insistió Armin—. En primer lugar, Grays, o sea el primer beneficiario de ese invento, ya ha tenido una actuación totalmente distinta de la que esperaba tu padre. Y, en segundo… no te ofendas porque seas su hija, pero mi opinión personal es que tu padre, siquiera fuese en su subconsciente, trataba de prolongar su existencia, cambiando de cuerpo cuando se sintiese viejo. No iba a trasladarse a otro cuerpo de su misma edad sino a uno más joven, ¿no te parece? Y, la verdad, por mucho que me ofreciesen a mí, yo no me metería ahora jamás en el cuerpo del profesor Barrymaine, pongo por ejemplo. Como modelo de alta física, si física puede llamarse a algo que juega con las almas como si fuesen pelotas de «ping—pong», puede que sea algo maravilloso. En la práctica, es lo más desastroso que he conocido, y perdona la franqueza con que te hablo. Cada ser humano tiene, desde su nacimiento, un alma que acompaña a su cuerpo hasta la muerte. El alma, el espíritu, la mente, en fin, es algo peculiar de cada ser inteligente, asignado a él por el Todopoderoso, y cambiarla a otro cuerpo, por grandes que puedan ser los beneficios que tal acto origine, no es sino una clara contravención de las leyes divinas. Pecado, en suma.

Helena se quedó parada al escuchar las palabras del joven. Éste prosiguió:

—No es pecado, en cambio, estimo yo, tratar de conservar la vida humana por cualquier procedimiento, siempre que sea sin perjuicio de tercero. Fatzoda te mantuvo en hibernación durante siglo y medio. No perjudicaste a nadie; eres tú misma, la misma que naciste hace ciento setenta y cuatro años, pero eso no se puede decir de Harry Grays, hoy Jerry Scarp. ¿Has comprendido lo que quiero decirte?

Ella asintió, sumamente pensativa.

—Mi padre lo hizo con la mejor buena voluntad del mundo — alegó.

—No lo dudo, pero los resultados están a la vista. Además, cada uno tenemos señalada nuestra hora, el momento en que el alma y el cuerpo deben separarse definitivamente; éste, para volver al seno de la madre Tierra, de donde procede; aquélla, para ser juzgada por sus actos y premiada o castigada en consecuencia. Pero esa separación no puede ejecutarse nunca por tales procedimientos. —Inspiró con fuerza—. Aun a riesgo de disgustarte, te diré que, apenas haya encontrado esos aparatos, les destruiré por completo.

—Si, tal vez tengas razón — convino ella con voz opaca.

—La tengo: y esta noche, en la soledad de tu habitación, procura pensar objetivamente, como si fueses una persona extraña, como si no fueras la hija del profesor Wann, en todo cuanto te he dicho. Verás cómo la razón, en este asunto, está de mi parte.

Callaron unos momentos. Un tronco se partió de pronto y las chispas ascendieron por la chimenea, con vivaz revoloteo.

—Ahora —dijo él, rompiendo el silencio—, cuéntame por qué mató Harry Grays a tu padre y por qué Fatzoda te sometió a la hibernación.

—Es sencillo — respondió Helena —: puede contarse en cuatro .palabras. Si conoces lo que ha hecho Grays hasta ahora, puedes imaginarte cuáles eran sus intenciones hace ciento cincuenta años. Mi padre se opuso y por eso le mató. Yo estaba en la habitación contigua; escuché la discusión y quise poner paz. En aquel momento en que abría la puerta, Grays disparaba sobre mi padre, matándolo en el acto.

»Sentí un terror espantoso, más fuerte que mi misma y escapé. Grays no pudo alcanzarme. Supongo que mientras tanto, hizo el cambio con Bradford Coilian; que era un ayudante secundario, una especie de mozo de laboratorio, un poco... digamos distinguido. El cadáver de Grays apareció y, claro está, nadie me creyó cuando dije que era Coilian.

»Excepto Fatzoda, por supuesto. Coilian desaparece mientras tanto. Fatzoda juró que dedicaría toda vida a perseguirle, pero, al mismo tiempo, temía por mi existencia. Por eso me propuso someterme a proceso de hibernación, escondiéndome en un lugar donde Grays no pudiera hallarme. Sé que, de vez en cuando, venía a

vigilar mi sueño, procurando que el proceso de hibernación se desarrollase de modo satisfactorio. Cuando, al fin, hubo localizado de modo definitivo a Grays, bajo la apariencia del profesor Aksnem, me despertó. Entonces nos conocemos tú y yo...

—¿Te mantuvo viva para la venganza? — preguntó Armin.

Helena enrojeció vivamente.

—Debo confesar que éstos eran mis pensamientos en los primeros instantes, hace ciento cincuenta años, naturalmente.

—¿Y ahora?

La muchacha le miró con ojos muy brillantes.

—Justicia, sobre todo; e impedir, además, que Grays continúe cometiendo más desafueros.

—Me gusta oírte hablar así — sonrió Armin—. Y ahora, por favor, una última pregunta.

—Las que quieras — accedió Helena.

—Dime, ese siglo y medio de hibernación... ¿no se habrá reflejado en tu organismo? ¿No ocurrirá un día que envejezcas de repente y tu cuerpo recorra en poco tiempo, días, horas acaso, los ciento cincuenta años que tienes de más?

—Fatzoda aprendió mucho sobre el particular en este siglo y medio — respondió ella—. Afirmó de modo rotundo que mi cuerpo, en el momento de volver a la vida, se hallaba en idénticas condiciones a las que tenía cuando me sometí a la hibernación y que ese período de sueño no se reflejaría en mí en absoluto.

Armin sonrió.

—Serás la tata—tatarabuela más hermosa que jamás haya vestido traje blanco en el día de su boda — afirmó.

* * *

El ingeniero Stallion apareció cuatro días más tarde, cuando los nervios de Armin y de Helena estaban a punto de saltar.

Stallion trajo consigo el radioelectroencefalógrafo.

—¿Funciona? —preguntó Armin al verlo.

— Creo que si — contestó el ingeniero—. He hecho algunas pruebas y han dado un resultado bastante satisfactorio

Armin observó el aparato con gesto especulativo.

—Profesor, ¿qué opina usted? — preguntó.

Barrymaine no le contestó directamente.

—Stallion, las indicaciones que suministra el REEG son tan sólo en sentido direccional, ¿no es así?

—En efecto, profesor—contestó el ingeniero—. Recibe las señales en dirección, pero no en distancia.

—¿Cómo subsanaría usted tal deficiencia? — preguntó el joven.

—Bien, construiría otro con un receptor para el módulo de distancia. Pero eso nos exigiría muchos días de trabajo — alegó Helena, desesperanzadamente.

—Por supuesto — convino Stallion —. No obstante, creo que con este aparato también podríamos arreglamos, siquiera fuese de momento.

—¿Cómo? — preguntó el joven, muy interesado.

—Bien, yo creo que, a medida que nos acercásemos al objetivo, la señal que se recibiría sería más fuerte, por hallarnos más próximos a la fuente de emisiones. El problema, sin embargo, es el del transporte; no es un vulgar maletín con un simple contador de radiactividad.

—El transporte — murmuró el joven, con aspecto pensativo—. De momento, ¿podría hacernos una demostración, ingeniero?

—Claro— contestó Stallion—. ¿Quiere ayudarme, profesor?

Los dos hombres se aplicaron al trabajo. Armin y Helena les observaban con infinita atención.

El REEG tenía una antena direccional, que Stallion movió, después de dar el contacto. En los primeros momentos, no se oyó nada; después, un tenue silbido penetró en la estancia.

Al mismo tiempo, la aguja indicadora marcaba la gráfica correspondiente en el tambor giratorio. Eran unas señales todavía

muy débiles e imprecisas, pero que, no obstante, se afirmaron cuando la antena quedó orientada correctamente. Entonces, el silbido aumentó de volumen.

Stallion sonrió satisfecho.

—El cerebro está localizado — dijo—. Al menos, en dirección, ya que no en distancia. Pero el tono de la señal nos indicará con claridad cuando estemos en las proximidades, el lugar donde se esconde el sujeto.

Armin reflexionó unos momentos.

—Ingeniero — dijo—, ¿podría cargarse este cacharro en un helicóptero?

—Por supuesto — contestó Stallion—. Será una labor algo enojosa, por lo pesado del aparato, pero no veo ningún obstáculo técnico que se oponga a su proposición.

—Muy bien. Entonces...

El zumbador del visófono sonó de pronto. Helena, que era la que estaba más cerca del aparato, dio el contacto.

—Casa del profesor Barrymaine— dijo—. ¡Audie! — exclamó de pronto, al ver el rostro del ladrón en la pequeña pantalla.

—¿Está por ahí el fisgón? — dijo Jonesmith—. Tengo localizado a Jerry Scarp.

CAPÍTULO XIII

La dirección que había facilitado «El Tenacillas» coincidía exactamente a la que marcaba el aparato.

Armin habría partido inmediatamente, sin importarle el brazo en cabestrillo que llevaba como consecuencia del balazo recibido días antes. Pero la sensatez aconsejó dilatar unos momentos la partida.

—Debemos llevar el REEG con nosotros —sugirió el profesor Barrymaine—. Si quieres que te diga la verdad, yo no me fio de tu amigo del todo. A fin de cuentas, no debemos olvidar que él sigue creyendo que Jerry Scarp es el mismo qué él ha conocido de siempre. Esos tipos se ayudan mucho unos a otros. ¿Quién nos dice que, después de indicarnos su domicilio, no le avisa para que escape y que luego nos sale con el pretexto de que se largó antes de que llegásemos nosotros?

—El profesor tiene razón— exclamó Helena—. Con el REEG instalado en un helicóptero, siempre podríamos seguirle a todas

partes.

—Muy bien. No se hable más.

Paso casi una hora antes de que dispusieran del vehículo. Entre Stallion y el piloto, cargaron el aparato, instalándolo en un lugar adecuado. En seguida, giraren los rotores y el helicóptero abandonó el suelo.

El profesor Barrymaine estaba situado constantemente junto al REEG, observando las indicaciones que grababa la aguja en el papel. Éstas se hacían más intensas a cada segundo que transcurría.

El nerviosismo atenazaba a todos los presentes. Helena miraba a Armin casi sin cesar. «¿Llegaremos a tiempo?», parecía preguntarle en silencio.

Las señales alcanzaron de pronto una tremenda intensidad. Era casi de noche, pero las indicaciones del aparato no permitían el menor error.

De pronto, Barrymaine lanzó una sonora exclamación:

—¡Está cambiando de cuerpo! — dijo.

Armin examinó la gráfica. La aguja marcadora mostraba una singular actividad. Daba unos saltos tremendos, muy seguidos, con gran rapidez.

—¡Descienda, piloto! — gritó el joven—. ¡En vertical!

Debajo de ellos se divisaban las luces de un edificio aislado en el campo.

—Aún podemos sorprender a Scarp —dijo Helena —. En los primeros momentos del cambio, el cuerpo se muestra tardo en coordinar con su nueva mente.

—Sí, pero ¿qué desdichado habrá muerto ahora? — exclamó el joven.

Y casi en el acto, durante unos instantes, sintió un odio irrazonable, salvaje, contra aquel sujeto que, por vivir casi una eternidad, no vacilaba a recurrir a los procedimientos más reprobables.

El helicóptero tomo tierra al fin. Todos cuantos estaban en su interior, se precipitaron fuera por la escotilla, atropellándose en su ansia por ser cada uno el primero en llegar a la casa.

Armin consiguió vencer en la carrera. El aparato había tomado tierra a cincuenta metros escasos del edificio. No obstante, a pocos pasos del mismo, se detuvo y extendió la mano sana.

—Cuidado — dijo—. Si Scarp está ahí todavía, se convertirá en un hombre desesperado, dispuesto a todo. Dejen que yo pase en primer lugar.

—No — exclamó Helena—. Iremos tú y yo...

—Estamos perdiendo el tiempo — gruñó Barrymaine quien, como científico, sentía un vivísimo deseo de conocer aquella máquina que tan prodigiosos efectos podía producir.

Avanzaron hacia la casa. La puerta estaba abierta de par en par.

Armin se había provisto esta vez de un revólver auténtico. Vistas las intenciones de Scarp, no podía permitirse el lujo de correr ningún riesgo.

Cruzó el umbral. La casa, aunque iluminada brillantemente, aparecía desierta, sumida en un ominoso silencio.

El joven empezó a pensar que habían llegado ya tarde. Seguido por todos los demás, alcanzó el lugar donde Grays, bajo la apariencia de Scarp, tenía sus fantásticos aparatos.

Armin quedó un tanto decepcionado al observar el relativamente pequeño volumen de dichos aparatos. No obstante, se dijo que, con el transcurso de los tiempos, Grays debía haber conseguido muchísimas mejoras en los mismos, la menor de las cuales no debía ser el actual reducido tamaño.

—Escapó — dijo Armin, desolado.

El cuarto estaba vacío. De pronto, sacó el revólver y apuntó contra los aparatos.

—Al menos, éstos no podrá usarlos más — dijo—. No soy supersticioso, pero si alguna vez hubo invento diabólico, es éste que tenemos delante.

Barrymaine extendió el brazo y detuvo el gesto del joven.

—Estoy de acuerdo contigo — dijo—, Pero antes de destruirlos, me gustaría examinarlos.

El joven vaciló. En aquel momento, se abrió una puerta en el lado opuesto y un hombre entró en la estancia.

—Hola, fisgón — saludó.

—¡«Tenacillas»!—exclamó el joven—. ¿Qué haces aquí?

—Esperándoles a ustedes — contestó el ladrón—. Pero han tardado tanto, que Scarp acabó por largarse.

Armin calló unos momentos.

—¿Por qué no le detuviste? — dijo.

—Bueno, yo no tenía por qué impedirle que se marchase. Usted…

De repente, Helena lanzó un agudo grito:

—¡Armin, es él! ¡Audie es Grays! ¡Detenle, antes de que sea demasiado tarde!

«El Tenacillas» lanzó una horrible maldición. Girando en redondo, se lanzó hacia la puerta por la había entrado y desapareció de la vista de los presentes antes de que Armin, sorprendido, pudiera hacer uso de su pistola.

El joven reaccionó casi de inmediato y se lanzó en persecución del sujeto. Pasó a la otra habitación, divisando un cuerpo tendido en el suelo, en medio de un lago de sangre. Otra puerta daba al exterior.

De pronto, Jonesmith penetró en la casa con las manos en alto. Detrás de él, apareció el teniente Coogan.

—Lo tiento Tenacillas» — dijo el policía, al ver el cuerpo tendido en el suelo—. Esta vez, te has caído con todo el equipo.

La sorpresa resultó general.

—¡Ben!— exclamó el joven—. ¿Cómo estás aquí?

—Seguíamos la pista de «El Tenacillas». Nos interesaba echarle el guante a Scarp, aunque —miró hacia el bulto tendido en el suelo —, por lo que puede ver, hemos llegado demasiado tarde.

—Fue en legítima defensa — protestó Grays, bajo la apariencia de Audie Jonesmith.

Coogan rió agriamente.

—Esa fábula no se la creería ni un chiquillo de dos meses — dijo. Apoyó su mano sobre el hombro del prisionero, al que ya un agente de uniforme había puesto las esposas —. Scarp podría ser un ladrón — añadió—, pero es un homicidio lo que has cometido. ¿Te imaginas la penas que corresponde a ese delito?

Un segundo antes de salir, Grays dirigió una mirada de odio infinito a la pareja. Armin notó, además, que tras aquella cara latía una desesperanza infinita. La justicia de los hombres se encargaría de anular para siempre una mente que había pretendido, vanamente, sobrevivirse a sí misma.

Luego, Harry Grays, en su último cuerpo de Audie Jonesmith, desapareció para siempre de la vida de los Armin y Helena.

Dos policías se llevaron al asesino. Coogan se quedó allí para

realizar los últimos trámites legales respecto del hecho cometido.

—Fue una suerte que te dieras cuenta de que Audie no era el que representaba — comentó Armin un poco más tarde, mientras Barrymaine y Stallion se entusiasmaban observando los aparatos.

—Bien, tú le dijiste que lo querías vivo o muerto. El auténtico «Tenacillas» no hubiese desaprovechado la ocasión de ganarse los otros quinientos «decapavos» que le habíamos prometido. Él mismo se descubrió cuando pronunció aquella frase tan comprometedora: **Yo *no tenía por qué impedirle que se marchase…***

—Es cierto — contestó Armin, meditabundo—, Audie hubiese entretenido a Scarp, o Grays, como quieras llamarle, con mil argucias. Era listo y hubiese conseguido su propósito.

—Siento que haya muerto — dijo Helena, apenada—. Se me había hecho simpático.

Armin meneó la cabeza.

—Fue una lástima, en efecto. Pero el hombre que lo mató, pagará ese crimen. Por la muerte de Scarp, a quien traspasó la mente de Audie, pagará todos los delitos cometidos hasta ahora.

Lanzó un profundo suspiro.

— Al hombre, cuando nace, le es asignada una vida. Tratar de vivir mil vidas es contravenir las leyes divinas y, tarde o temprano, el castigo llega inexorablemente. — Luego miró hacia Barrymaine y Stallion—. En cuanto pueda, convertiré en chatarra esos malditos aparatos — prometió.

EPÍLOGO

Un año más tarde, nació el primer vástago del matrimonio.

Coogan, Barrymaine, Stallion y algunos otros, se reunieron para celebrar el feliz acontecimiento. Helena estaba más hermosa que nunca y su felicidad no conocía límites.

Después de la fiesta, los esposos se quedaron solos.

—¿Sabes? — dijo él de pronto—. Hasta que nació el chiquillo, estuve muy preocupado.

—¿Por qué? — se extrañó Helena—. Mi salud fue buena durante todo el tiempo, salvo las molestias consiguientes en semejante estado.

—Sí, ya lo sé. Pero no respiré tranquilo hasta que no vi al chiquillo y...

—¿Y qué?

—Pues que no tenía barba blanca.

—No entiendo. ¿Por qué había de nacer con barba blanca?

—Bien, si yo me casé con una tata—tatarabuela, él tenía que ser mi ta—tatarabueno, ¿no?

Helena le miró con ojos chispeantes.

—El chico ha nacido en el momento que le correspondía — contestó.

Armin la abrazó estrechamente.

—Y vivirá una sola vida. Como nosotros. La vida que es nuestra, no la de otras personas.

